GIOVANNI NUCCI

Y FUNDAREMOS LA CIUDAD MÁS GRANDE DEL MUNDO

Mitos, dioses y héroes de la Roma antigua

Siruela

Giovanni Nucci

Y FUNDAREMOS LA CIUDAD MÁS GRANDE DEL MUNDO

Mitos, dioses y héroes de la Roma antigua

Traducción del italiano
de Ana Romeral Moreno

Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: marzo de 2023

Título original: *E fonderai la città più grande del mondo*
En cubierta: ilustración de © Carlos Arrojo
© Giovanni Nucci, 2010
Publicado originalmente en Italia por Feltrinelli, Milán
Publicado por acuerdo con Walkabout Literary Agency
© De la traducción, Ana Romeral Moreno
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-97-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

PRÓLOGO: Julio César y el cielo de Roma

PRIMERA PARTE: El viaje de Eneas
Anquises, príncipe de Troya
La destrucción de Troya
La bellísima Helena
Eneas
Dido, el amor
Sibila de Cumas

SEGUNDA PARTE: El Lacio
Latino, el rey
Acoged a los forasteros
Pico, Circe y Canente
Juno, la que siembra discordia
Hércules y Caco
El alfabeto de Evandro

TERCERA PARTE: Rea Silvia
Rea Silvia, la princesa vestal
Numitor, Amulio y el testamento de Proca
Pomona y Vertumno
Marte, el fuego y la guerra

Amulio, el tirano
Flora, la paz y la primavera

CUARTA PARTE: Roma, 753 a. C.
Fáustulo, el pastor
Rómulo y Remo
La conquista de Alba Longa
Roma
El pomerio
Júpiter en el Capitolio

EPÍLOGO: Julio César y las sardinas de Numa

A mi madre, que me llevó de la mano
A Émile, que me llevará a hombros

PRÓLOGO

Julio César y el cielo de Roma

Julio César miró al cielo y le pareció que Roma tenía una luz maravillosa. Nunca había visto una luz tan hermosa en ningún otro lugar. Y eso que los últimos veinte años los había pasado recorriendo buena parte del mundo conocido.

Se emocionó al ver la inmensidad de esa ciudad. Y al recordar que siempre se la había imaginado así: destinada exactamente a aquella grandeza.

Julio César era el jefe militar más talentoso de todos los tiempos y se estaba preparando para su último triunfo. Una vez más, había regresado vencedor. Vencedor de la guerra civil contra Pompeyo y los enemigos que en el Senado y en la República habían confabulado contra él.

El pueblo, el pueblo que siempre le había amado más que nadie en el mundo y por el cual él había luchado, ahora lo festejaba acompañándolo en su triunfo por la ciudad. Al finalizar aquel glorioso recorrido por sus calles subiría al Capitolio, al enorme templo dedicado al padre de todos los dioses. Y ofrecería a Júpiter las armas del enemigo al que acababa de vencer. Ahora el pueblo lo alababa como si fuera

un dios. En varias ocasiones, durante el triunfo, alguno lo había llamado rey. «¡La corona, la corona!», habían gritado los romanos.

Eso, naturalmente, le asustaba. Porque desde hacía casi quinientos años ningún romano había vuelto a ser llamado rey. Ahora, en Roma había una república. Y sus enemigos del Senado lo acusaban precisamente de eso, de querer convertirse en un nuevo rey.

Y esto Julio César lo tenía claro: no era un dios, ni siquiera era un rey. El Estado y la República se regían por un equilibrio muy delicado. Estaba el Senado, con los patricios, padres de la ciudad; y los plebeyos, con los tribunos de la plebe. Estaban los cónsules y los demás magistrados que gobernaban. César conocía muy bien cómo Rómulo, al fundarlo, había pensado y organizado el Estado de manera que ningún hombre acaparara demasiado poder en sus manos durante un periodo de tiempo demasiado largo. Incluso él, el fundador, el primer rey, se había hecho ayudar por el Senado y los tribunos. Y fueron ellos los que elegirían a su sucesor.

En efecto, cuando Rómulo murió, los senadores no supieron muy bien a quién elegir en su lugar. No era tarea fácil sustituir a un rey tan grande y justo como lo había sido Rómulo. Finalmente, eligieron a Numa Pompilio.

Y Julio César llegó a la conclusión de que fue una buena elección. Porque era una persona equilibrada, muy sensata y con un gran sentido religioso. Porque vivía apartado de la frenética vida de la ciudad, no tenía vicios y había demostrado que no sentía demasiado apego ni por el dinero ni por la gloria. Tras años de guerras y conquistas, Numa era precisamente lo que Roma necesitaba. No un jefe militar, sino un rey que otorgara paz y prosperidad a la ciudad, que

enseñase a los romanos la humildad necesaria para convertirse en una gran civilización.

¿Y acaso no ocurría ahora lo mismo con la República? Así era: Julio César pensaba que lo que ahora necesitaba Roma era un rey como Numa Pompilio, más que un jefe militar.

Y la cuestión, consideraba él, no era tanto si es mejor la monarquía o la república, sino cómo puede ser de justo y equilibrado un rey o un cónsul. ¿No sería mejor quizá un buen rey que un pésimo cónsul convertido en dictador?

La República, después de quinientos años, se había extendido como ningún otro imperio. Ahora hacía falta un nuevo equilibrio, paz. Él, Cayo Julio César, único cónsul y dictador, ¿sería capaz de proporcionar esa paz a su ciudad?

Julio César sabía perfectamente cómo la grandeza y la inmensidad de la República eran inherentes a la historia de Roma desde sus inicios. Desde su nacimiento, con los héroes que la habían fundado y los dioses que la habían protegido. Julio César pensó en Rómulo y en su hermano Remo. En cuando la loba y el pájaro carpintero les dieron de comer, salvándolos de la muerte. En el rey Pico y en su padre Saturno, en Hércules y en cómo este derrotó al horrible Caco cuando el Lacio estaba habitado únicamente por pastores, y Evandro fue a vivir allí desde Grecia. En Pomona y Vertumno, en Flora y el dios Fauno. En los dioses que gobernaban aquella tierra antes de que Eneas llegara desde Troya gracias a la ayuda de su madre Venus. Pensó en su largo viaje, en sus amoríos con la reina Dido, y en Anquises, padre de Eneas y esposo mortal de la bellísima Venus. Pensó en la guerra que Eneas había librado contra Turno. En el rey Latino y en la

boda de Eneas y Lavinia. Pensó en Alba Longa, en el tirano Amulio, en la princesa Rea Silvia y en sus amores con Marte. Pensó en el pastor Fáustulo y en los gemelos que derrotaron a Amulio y fundaron la ciudad más grande del mundo.

Así pues, le parecía evidente: Roma era belleza y guerra.

Cuanto más la miraba, más claro veía cómo todo en aquellas calles, edificios, templos, en el río, en el monte de Jano enfrente del Aventino, en el color del cielo al atardecer, incluso en los puestos del mercado, en el foro, en la manera en la que los mercaderes vendían su mercancía…, todo en Roma estaba impregnado de la belleza de Venus.

Y luego la política, la construcción del imperio, la ley: el Senado, la organización de la República, la red de carreteras que unía cada provincia con la capital, la organización que hacía de Roma una ciudad políticamente perfecta. Los romanos habían adoptado la planificación, la estrategia y la prontitud necesarias para la guerra, y las habían empezado a usar incluso en tiempos de paz. Y para Roma, eso era la política.

Él, Julio César, sí que sabía algo de guerras, de Marte y de su inexplicable fuerza. Y, por tanto, también de política. Efectivamente, la grandeza de Rómulo, el primero de los reyes, había consistido precisamente en haber sabido impedir, gracias a las leyes y la constitución, que las guerras prosiguieran eternamente.

La guerra y la belleza. Marte y Venus.

Y él, Julio César, ¿no era acaso descendiente directo de la mismísima Venus? Su familia descendía de Eneas, hijo de Venus y de Anquises. Y por tanto de Ascanio, llamado Julo,

hijo de Eneas y padrino de la *gens* Julia. Julio César pensó que había algo de divino en su grandeza, así como en la grandeza de la ciudad.

Como gran jefe militar, sabía que ahora, para ganar definitivamente, tenía que llegar hasta el Capitolio, al templo de Júpiter. Y tenía que ofrecer su gloria al dios. Aquella grandeza, su grandeza, no le pertenecía a él, sino a su ciudad: al Senado y al pueblo de la República romana.

Y, antes incluso, a los dioses.

PRIMERA PARTE

EL VIAJE DE ENEAS

Anquises, príncipe de Troya

Mucho antes de que Helena fuera raptada por Paris, el príncipe, y de que los griegos marcharan a Troya para dar comienzo a la mayor batalla de todos los tiempos, Anquises, príncipe de Troya, se dedicaba a cuidar del ganado. Es verdad, era el primo del rey Príamo, pero eso tampoco significaba nada. En el fondo, él era pastor, era devoto de Mercurio, y lo que esperaba de la vida era poder casarse y tener una casa, hijos, una familia. No mucho más.

Por eso, cuando vio a aquella bellísima muchacha dirigirse hacia él, Anquises pensó inmediatamente que no era una mujer normal, sino una diosa. Y entonces se inclinó. Porque, como le había explicado su padre, y como él enseñaría a su hijo, hay que inclinarse siempre cuando se está en presencia de un dios. Hay que saber reconocer a los dioses y después inclinarse para ofrecerles sus merecidos respetos y pedirles las merecidas bendiciones.

El caso es que aquella muchacha le pareció una auténtica diosa, incluso llegó a preguntarse si se trataría de Diana, la del arco de plata, que ama a los perros y la caza, o de una ninfa de los bosques. O si no de Minerva, inteligentísima señora de la guerra y de la estrategia. Por lo luminoso y dulce que le pareció su rostro, por la dulzura que manaba de sus ojos, por lo sumamente hermoso que vio su cuerpo, aquella muchacha tenía que ser una diosa.

Por eso se inclinó y le pidió su bendición:

—Dulce diosa, te lo ruego, bendice a este pobre pastor, ilumina mi vida, dime que tendré esposa e hijos, dime que mis descendientes serán honrados en Troya como valerosos soldados o nobles ciudadanos.

Ella se quedó mirándolo y, casi intimidada por las palabras de ese príncipe troyano, respondió:

—No soy una diosa, sino una mujer mortal, hija de Otreo, rey de Frigia. Mercurio me ha pedido que acudiera a Anquises, príncipe de todos los troyanos, para ser su esposa.

A Anquises le pareció increíble poder enamorarse de una princesa de Frigia. La cogió y la llevó a su casa. Nunca habría imaginado que su mujer pudiera ser tan hermosa, noble y parecida a una diosa.

Sí, porque la joven muchacha que a Anquises le había parecido tan similar a una diosa era realmente una diosa. Venus, para ser exactos. Lo había engañado. Quizá precisamente imbuida por Mercurio, dios de los poetas y de los fingidores, Venus había mentido a Anquises diciéndole que era lo que no era: una simple princesa.

Y todo esto porque el gran Júpiter, que gobierna y domina el cielo y la tierra, había decidido que también Venus debía saber lo que era enamorarse de un mortal.

Para un dios, amar a una diosa o a una ninfa, o a cualquier otro ser inmortal, era seguir el curso normal de los acontecimientos. Pero enamorarse de un mortal implicaba una serie infinita de complicaciones. Mientras que para los hombres amarse entre sí significaba crear vínculos, tener hijos, formar una familia…, sin embargo, para los dioses no era lo mismo. Cuando un dios amaba a una mujer mortal, podía nacer un niño mortal. Esto, para los dioses, era fuente de

angustia y preocupación: significaba tener que inmiscuirse en la vida de los hombres, tratar de modificar su destino, interferir en el trascurso normal del tiempo. Encontrar el modo de que su hijo mortal pudiera tener una vida de dios.

Y la culpa de todo eso, en la mayoría de los casos, la tenía Venus. Es decir, cuando un dios amaba a una mujer o una mujer amaba a un dios era porque Venus así lo había querido, o simplemente pensado. Bastaba con que la diosa de las espléndidas vestiduras pasara por allí para que los prados se volvieran verdes, las flores se abrieran y la pasión se encendiera. Para que los hombres, los dioses y los animales del mundo se amaran.

Así pues, Venus solía presumir de haber despertado la pasión en muchos de los dioses del Olimpo. Y estos se habían enamorado de mujeres o de hombres mortales. Venus se había jactado de aquello, se había burlado de todos ellos: ella era la única que jamás había amado a un mortal.

Por eso Júpiter decidió encender en ella la pasión hacia el joven Anquises. Era una especie de castigo. Ahora también Venus sabría lo que aquello significaba. Y aunque esta no dejara de encender la pasión de los dioses por los hombres, al menos dejaría de jactarse de ello.

Por tanto, Venus se dirigió hacia Troya para amar a Anquises. Seguramente antes se refugiaría en la isla de Chipre para darse unos baños reconstituyentes y ungirse con aceites perfumados, adornarse con joyas de oro y vestirse con valiosos vestidos. Y finalmente iría a conquistar a Anquises. Él la amó desde el primer instante.

Después de una noche de amor, Venus se dio a conocer al

príncipe troyano. Y él se asustó mucho. Aunque desde el primer momento hubiera intuido que era una diosa y no una mujer normal, aunque ya lo hubiera pensado, cuando Anquises comprendió que había pasado la noche con Venus se acobardó. Además, Venus le advirtió de que no se lo contara a nadie. Y mientras se lo decía, era mucho más aterradora y severa de lo tierna que había sido con él durante la noche. Y es que nadie debía saberlo.

De nuevo, Anquises se inclinó y le rogó a la diosa que no lo dejara vivir en medio de los hombres: «… porque quien ha compartido cama con una diosa no podrá llevar una vida feliz». Anquises sabía muy bien que el destino de los hombres debe ser diferente al de los dioses. Pero Venus lo tranquilizó.

—No temas, joven Anquises. Tu vida será feliz igualmente: tendrás un hijo mío, se llamará Eneas y su destino será glorioso. Será bello y fuerte como un héroe, y similar a un dios. Tú lo llevarás contigo a la ciudad de Troya. Y cuando alguien te pregunte quién es la madre de tu hijo, deberás responder que es hijo de una ninfa de los montes.

Anquises miraba a Venus, a sus ojos luminosos, a su cuello tan largo y noble. Apenas podía oír lo que le decía, pensando en la noche que acababan de pasar: él junto a la diosa de la belleza y de la pasión amorosa.

Venus le tomó el rostro con una caricia y lo miró fijamente a los ojos:

—Pero no vaya a ocurrir, noble Anquises, que, quizá por presunción, o mareado por el vino, vayas por ahí contando que pasaste una noche de amor con Venus, la de la hermosa corona. Si alguna vez desvelaras nuestro secreto, no te extrañe si Júpiter te alcanza con un rayo.

Quizá Venus supiera lo difícil que le iba a ser a Anquises guardar ese secreto. Y no poderle contar a nadie que era el único hombre mortal que había amado a Venus. ¿Por eso fue por lo que la diosa que ama la sonrisa le advirtió?

Y, en efecto, algo se le tuvo que escapar a Anquises, porque Júpiter lo alcanzó con un rayo y lo dejó cojo.

La destrucción de Troya

Eneas se despertó de golpe, sin llegar a comprender qué había pasado. ¿Un ruido? ¿Una violenta explosión? ¿Un terremoto? Había algo que no iba bien, pero no lograba entender qué. Trató de aclararse las ideas, de despertarse. Pero más que otra cosa, sentía miedo.

Entonces recordó las imágenes que acababa de soñar. Héctor, con la armadura de Aquiles chorreando sangre y gritando: «¡Escapa, Eneas! ¡Escapa! No sigas esperando a que tu ciudad arda».

Pero ¿qué quería decir aquel sueño? ¿Por qué Héctor se había dirigido a él? ¿Y por qué estaba vestido con la armadura de Aquiles?

Héctor había sido el más valeroso de todos los guerreros troyanos, el más grande de los hijos del rey Príamo. Era muy duro para Eneas acordarse de lo que había ocurrido en la batalla: Aquiles, el imbatible Aquiles y el más fuerte de todos los griegos, había decidido, por una cuestión de esclavas y de ofensas, no ir a luchar. Así que Patroclo, su fiel amigo, le había cogido la armadura, el yelmo y las armas y, creyéndose más glorioso de lo que en realidad era, se había dirigido al campo de batalla. Pero Héctor lo había matado y se había quedado las armas de Aquiles. Este entonces decidió volver a

luchar: su amigo había muerto y él se olvidó de sus estúpidas razones. Su venganza había sido tremendamente violenta; su crueldad, despiadada. Así, después de matar a Héctor, había destrozado su cuerpo y lo había atado a un carro tirado por caballos llevándolo en triunfo junto a las murallas de Troya. Aquel día había dado comienzo el final de la guerra, ya que había muerto el más valeroso de los soldados troyanos.

¿Así que era eso lo que significaba el sueño? ¿Que la guerra realmente había terminado?

En efecto, aquella noche los troyanos empezaron a celebrarlo. Los griegos habían abandonado su campamento y sus barcos habían desaparecido de la playa y del horizonte. Tan solo quedaba aquel enorme caballo enfrente de las puertas de Troya.

Durante mucho tiempo, discutieron sobre qué hacer con él: quedárselo, quitárselo a los griegos, meterlo dentro de la ciudad. Casandra, hija de Príamo, les advirtió:

—¿Es que no conocéis lo suficientemente bien a Ulises? ¿Os fiais de él? Es artero y execrable. Cada una de sus ideas es una trampa; cada uno de sus regalos, una mentira.

Ella creía que el caballo tenía truco, que no era un regalo para los dioses, sino una trampa para los troyanos.

Pero Casandra no fue escuchada e hicieron que el caballo traspasara las murallas; es más, para hacerlo entrar, la puerta fue arrancada y el arquitrabe tirado abajo. Y dieron comienzo los festejos.

Porque, después de diez años, finalmente la guerra había terminado. Pero ¿en verdad era eso lo que Héctor le acababa de contar en sueños a Eneas?

Eneas trataba de recordar mejor. Y como si saliera de una espesa niebla, la imagen de Héctor se fue haciendo más clara

en su mente.

—Huye, Eneas, hijo de una diosa, ¡huye!

Héctor gritaba y su mirada era de desesperación, con el rostro bañado en lágrimas.

—La fortaleza sagrada de Troya está ardiendo —decía—, la ciudad está destruida. Los griegos han traspasado nuestras murallas y Marte ha desatado su furia. Todo arde.

Ahora el recuerdo del sueño se volvía más claro y firme que nunca. Y Héctor seguía gritando:

—Huye, Eneas, a ti te han sido confiados los objetos más sagrados de la ciudad. Huye y llévalos contigo. Márchate a otra parte y construye para ellos una nueva fortaleza, una nueva ciudad, lejos de aquí.

Así, en sueños, Héctor entraba en el templo de Vesta y cogía las vendas sagradas de la diosa y el fuego perpetuo, y se los entregaba a Eneas. Para que se lo llevara lejos, para que lo pusiera a salvo.

Eneas se levantó de golpe. Y por muy rápidos que hubieran sido todos estos pensamientos, por mucho que le hubiera costado recordar aquel sueño, pensó que ya había perdido demasiado tiempo. Se asomó por el umbral de su casa y vio que Troya estaba en llamas. La batalla arreciaba.

Sin pensar siquiera en lo que Héctor le había dicho en sueños, se lanzó a la calle en dirección al palacio de Príamo. Tenía que salvar la ciudad, debía proteger al rey.

Pero ya no quedaba mucho por salvar. Eneas corría por las calles en llamas de Troya y allá adonde giraba la cabeza veía cadáveres de soldados troyanos, mujeres secuestradas por griegos, casas saqueadas y después entregadas a las llamas. Todo ardía, todo estaba siendo destruido.

Llegó al palacio de Príamo por un pasadizo oculto y entró

directamente en las estancias secretas del rey. Pero tampoco en esta ocasión llegó a tiempo: Príamo fue asesinado ante sus ojos, sin piedad ni respeto, por Pirro, el único e indigno hijo de Aquiles, que en modo alguno era tan valeroso como su padre.

Eneas no pudo hacer nada. Y mientras veía a su rey morir bajo los cobardes golpes de un griego que solo era capaz de matar a un viejo indefenso, pensó en su padre.

Le volvió a la mente aquello que Héctor le había dicho en sueños:

—No trates de defender Troya, Eneas. No trates de salvar a tu rey. ¡Huye! Y llévate contigo el fuego sagrado de Vesta.

En aquel momento, Eneas comprendió que Troya iba a ser totalmente destruida. Corrió a su casa para poner a salvo a su padre, a su mujer Creúsa y a su hijo, el pequeño Julo.

La bellísima Helena

Cuando se dio cuenta de que tenía delante a Helena, Eneas se detuvo de golpe. Se olvidó de nuevo de su casa, de su mujer, de su padre y de su hijo. Por un instante, cegado como todos por aquella belleza, se olvidó incluso de que la ciudad estaba ardiendo, de que la terrible guerra contra los griegos había terminado y de que los troyanos la habían perdido. Apenas se encontró frente al bellísimo rostro de Helena, Eneas se quedó petrificado.

Y eso que la había visto en otras ocasiones, recorriendo los edificios de Troya, acompañando al rey Príamo por los jardines reales o mostrándose junto a Paris. Pero aunque la hubiera visto muchas veces, aunque hubieran pasado diez años desde que el príncipe se la llevara consigo desde la lejana Esparta, Helena seguía siendo misteriosamente bella, luminosa.

Eneas se distrajo un momento de lo que estaba pasando, levantó la vista hacia el rostro de Helena y la miró a los ojos. Y a pesar de que se necesitara mucho valor para mirar a los ojos a una mujer tan hermosa, Eneas no olvidaba que toda aquella destrucción y muerte provenían de ella. Desde su llegada acompañando a Paris procedente de Esparta, Helena era la causa de todo aquel dolor.

A veces, cuando el mal se cierne sobre la vida de los hombres, la inteligencia se nubla y se pierde la piedad. Y para explicar tanto dolor se busca una razón, donde esta razón no existe. Frente a la muerte y a la destrucción, se hace todo lo posible por encontrar una motivación, una justificación. Así Eneas, furioso, viendo su ciudad en llamas, los hombres y las mujeres de Troya asesinados o hechos esclavos y humillados frente a los dioses, decidió que Helena era la explicación a todo aquel mal. Era culpa suya y, por tanto, tenía que morir.

Pero aunque el dolor sea muy fuerte, aunque la destrucción nos aniquile y el mal nos haga sufrir, matar a una mujer indefensa no es menos maléfico y terrible que el sufrimiento que ella nos haya podido hacer sentir. El mismo Eneas sabía que, frente a los dioses, no hay justificación posible para cometer un acto tan cobarde y miserable como matar a una mujer. Por eso titubeó. ¿Qué mal justifica un mal mayor?

Y ahí estaba, mirando a los ojos a la bellísima Helena con el puñal apuntando a su largo y noble cuello. Habría podido matarla con tan solo empujar un poco más la lama. A su alrededor, la ciudad ardía, las mujeres y los niños gritaban, los soldados morían. Y Eneas pensaba en lo bien que se habría sentido si, matando a Helena, hubiera dado una explicación a todo aquel dolor.

Entonces oyó una voz a su espalda.

—Eneas.

Quien lo llamaba tenía la voz cálida y amable. Y calma, demasiado calma para un momento tan convulso, para la forma en la que se estaba recrudeciendo la batalla a su alrededor.

—Eneas —repitió la voz.

Eneas entendió que era su madre la que lo llamaba. Entonces apartó su puñal del cuello de Helena y dejó que esta se marchara.

Por un momento, y a pesar de ser un héroe y un guerrero, se sintió por fin calmo y tranquilo, como puede sentirse un niño al que su madre le da un baño. Venus, que ama la sonrisa y las espléndidas vestiduras, instigadora del deseo, había ido hasta allí por él.

Eneas no estaba demasiado acostumbrado a encontrarse con su madre. Había crecido junto a su padre Anquises, en Troya. A sus ojos, Venus seguía siendo más una diosa que una madre. Por eso la trataba con todo el respeto y con los honores que solía brindar a cada uno de los dioses del Olimpo. Eneas se inclinó, esperando que fuera de nuevo la diosa la que hablara. Y ella habló:

—Eneas, no desates tu ira contra esa mujer. ¿No ves, hijo mío, que son los dioses los que han desencadenado esta guerra? ¿No te das cuenta de dónde proviene todo este dolor y destrucción? ¿No ves que Juno, reina de los dioses, se ha lanzado a destruir las casas de los troyanos y ha desatado su rabia? ¿No te das cuenta de que es Neptuno, dios del mar y de los vientos de la tempestad, el que está destruyendo, pedazo a pedazo, las murallas de Troya? ¿No ves a Minerva, centelleante y tremenda en su luminosa armadura, desencadenar la batalla alrededor?

Eneas inclinó aún más la cabeza, un escalofrío le recorrió la espalda. Ahora notaba el azote de los dioses: una guerra devastadora, la grandeza de las cosas que los hombres no

pueden entender.

—Eneas, no busques explicación a aquello a lo que no puedes dársela. Escapa, escucha a tu madre, salva a tu familia. Llévate contigo a tu padre y a tu hijo. El fuego de Vesta y la memoria de los ancestros, su culto. Vete de aquí. Y seguirás teniendo mi bendición.

Eneas se olvidó de Helena, de la guerra, de los griegos y de todo lo que había ocurrido hasta ese momento. Fue corriendo a su casa. En ella estaba todo lo que debía salvar. El fuego del hogar, su familia. En su sueño, Héctor se lo había dejado muy claro.

Entonces fue a recoger a Creúsa, su mujer, a su hijo Ascanio y a su padre Anquises. Este, cansado y ya anciano y tullido, no quería abandonar su ciudad. Pidió, por piedad, que le dejaran morir solo entre las ruinas de Troya. Pero Eneas sabía, ahora lo había entendido, que si no se llevaba a su padre sería tan solo un guerrero sin ciudad y sin futuro. Anquises tenía que ir con él, y también su mujer y su hijo Ascanio. Solo de este modo preservaría la grandeza de Troya y la llevaría consigo. Así que cargó a hombros con su padre, cogió de la mano a su hijo, y se marchó dejando su ciudad en llamas.

Y cuando hubo pasado la colina que domina Troya hacia occidente, y se encontró lo bastante lejos como para pensar que estaba a salvo, se detuvo con sus hombres. Solo en ese momento se dio cuenta de que Creúsa, su mujer, no se hallaba con ellos.

Dejando a los demás a salvo, corrió de vuelta para buscar a Creúsa. Y cuando estuvo de nuevo en el corazón de la batalla, dentro de la ciudad de Troya, la vio. Su mujer estaba allí,

inmóvil y casi transparente, sonriendo benévola. Estaba muerta y ahora, para Eneas, no era más que una visión.

Eneas lloraba y no quería dejarla, no quería separarse de ella. Pero esta le dijo que se marchara, porque tenía por delante un destino glorioso para él y para su hijo. El espíritu de Creúsa le habló de la ciudad que fundaría en Italia, de la gloria que le esperaba a Ascanio y del espléndido futuro que los dioses le deparaban.

—Vete, amor, vete. Porque tus descendientes fundarán la ciudad más grande del mundo.

Eneas

A Eneas le pareció escuchar detrás de él el susurro de un par de alas e inclinó la cabeza, porque sabía que se encontraba en presencia de un dios. El veloz Mercurio había acudido a su encuentro.

Incluso quizá pudiera saber el porqué, sin necesidad de que este hablara. Cuando un dios llega, a veces no hace falta que diga nada; a menudo, si estás lo suficientemente atento y eres lo suficientemente humilde, puedes comprender lo que quiere solo por el hecho de que haya ido.

Eneas debía emprender de nuevo el viaje. Eso es lo que los dioses querían. Después de dejar Troya, comenzó a navegar con su flota por el mar, arribando cada vez a un nuevo puerto, preguntándose si allí encontraría finalmente un poco de paz. Y así había sido hasta llegar a Cartago, donde el amor de la reina Dido le había hecho sentir de nuevo como en casa.

Pero la cuestión era que el dios mensajero, poeta y fingidor, el dios de los mercaderes, había ido para comunicarle la voluntad de Júpiter. Y ahora Eneas tendría que complacer los deseos del primero de todos los dioses. Volver a marcharse, dejar aquella tierra de África, regresar a Italia y fundar una nueva Troya. Debía abandonar a Dido, radiante reina, tan bella y amiga de Venus: abandonar su amor. Eneas debía dirigirse al encuentro de su destino. Y su destino, ahora, era Roma: la ciudad más grande del mundo.

Sin embargo, ya sentía cómo la melancolía le oprimía el corazón, y cómo la tristeza le colmaba el alma y el pensamiento. Amaba a Dido. Y por nada del mundo habría querido decirle aquello que había llegado el momento de decir: debía marcharse de Cartago y dejarla para siempre. Sobre todo, no sabía cómo decirlo, no quería ni pensar en cómo enfrentarse a aquella mujer orgullosa y fuerte, reina de un gran país, que parecía tener las ideas mucho más claras que él.

Desde su salida de Troya, Eneas sentía que su vida consistía únicamente en viajes y partidas. En desventuras y arribadas a tierras extranjeras, sin casa, sin familia alguna. Así que, al llegar a Cartago, llegó a pensar, incluso contra la voluntad de los dioses, que quizá en aquella ciudad pudiera estar su nuevo hogar. Aunque no fuera su ciudad, aunque estuviera allí como amante de la reina, aunque su hijo Ascanio nunca llegara a ser rey.

Porque en el fondo, al marcharse de Troya, lo había perdido todo. Por eso ahora ni siquiera sabía si realmente quería fundar otra ciudad en aquel país lejano, Italia, por el cual no sentía ni un poco de amor.

Pero Eneas nunca contravendría la voluntad de los dioses: en cuanto oyó que Mercurio, el de las sandalias aladas, había ido hasta allí por él, lo entendió y se dispuso de nuevo a partir. Aunque no le apetecía nada. Es verdad, sabía que Venus, su madre, deseaba eso para él. Sabía que Júpiter, que gobierna el cielo y la tierra, le había destinado a aquello. Pero ¿qué era lo que realmente quería él? ¿En verdad no esperaba otra cosa que fundar una ciudad y casarse con la hija de un rey del

centro de Italia? ¿Engendrar una estirpe, una familia e hijos, e hijos de hijos, que gobernaran el mayor imperio de todo occidente?

No. En el incendio de Troya, Eneas había perdido su historia. Su mujer Creúsa había muerto, todo su pasado se había quedado allí, abrasado por el incendio, perdido en la destrucción de aquella gran ciudad.

¿Qué podía importarle el futuro a un hombre sin pasado?

Pero no era verdad: al huir de Troya, Eneas se había llevado consigo el pasado y el futuro. Llevando de la mano el futuro y a hombros el pasado. Había arrastrado de allí a su hijo y llevado consigo a su padre.

Es cierto que allí, en la destrucción de su ciudad, había perdido a su esposa. Y quizá nunca amara a otra mujer como en Troya había amado a Creúsa. Por mucho que ahora amara a Dido, no era con ella con la que se imaginaba una familia, una casa, una ciudad que fuera de nuevo suya. Pero Creúsa no volvería y él no buscaría en otra parte lo que había tenido en Troya. Entre otras cosas porque aquella casa, aquella familia y su historia ahora lo acompañaban: su padre Anquises y su hijo Ascanio. Su pasado y su futuro estaban allí con él.

Ascanio sería el futuro rey de una nueva y gran ciudad, y Anquises, su padre, permanecería en su pensamiento como la memoria de su familia. Los ancestros, los padres y los abuelos ya muertos, cuando son venerados con los tributos correspondientes, protegen a la familia y a su historia, porque con su recuerdo la mantienen viva.

Dido, el amor

Cuanto más lo miraba Dido, más sentía que se enamoraba.

Eneas siguió contando su historia, y a ella le pareció que su atractivo y la gloria que lo rodeaba se volvían cada vez más resplandecientes. Eneas hablaba, con la voz quebrada por la aflicción y el recuerdo, contaba cómo Troya había sido conquistada y destruida por los griegos. Cómo gracias a un engaño habían entrado en la ciudad, dentro de un caballo de madera. Cómo habían prendido fuego a cada casa, matado a todos los soldados troyanos y convertido en esclavas a las mujeres. Y mientras Eneas hablaba y se conmovía, Dido, reina de Cartago, poderosa y bellísima, lo miraba y se enamoraba de él.

Hacía mucho que no miraba así a un hombre. Cuando su marido fue asesinado por su hermano, ella se quedó sola. Sola escapó de Fenicia hacia las costas de África. Sola urdió un plan para sustraer gran parte del tesoro real a su hermano y para llevárselo consigo. Sola se enfrentó a los peligros de una tierra extranjera y desconocida. Y sola fundó la nueva ciudad de Cartago. Durante todo ese tiempo, y en todas esas aventuras, nunca había necesitado otro hombre a su lado. Y quizá, cuando sintió esa necesidad, encontró el modo de seguir adelante y de resolver los problemas como debe hacerlo una auténtica reina: sin ayuda de un rey.

Cuando más tarde Cartago se convirtió en una ciudad

poderosa y gloriosa, y Dido comenzó a ser considerada una gran reina, cada vez que algún rey de los pueblos vecinos iba a pedir su mano, ella se negaba. Desde hacía mucho se había prometido a sí misma que no se volvería a casar y que permanecería fiel a la memoria del marido asesinado.

Hace falta mucho valor para elegir la soledad, sobre todo siendo mujer. Rechazar la protección, el afecto y los cuidados de un hombre, y además la posibilidad de tener hijos. Mucho valor. Pero Dido era una mujer valiente.

Por lo tanto, ya estaba acostumbrada a la soledad y nunca pensó que pudiera volver a enamorarse de un hombre. No necesitaba un esposo, ni un rey que la ayudara a gobernar su ciudad: no necesitaba a nadie. Por eso se sorprendió al sentir cómo su corazón se enternecía con las historias de Eneas. No pensó que pudiera volver a emocionarse como lo hacía al oírle hablar de la destrucción de Troya. Descubrió que sentía curiosidad por observar su rostro, sus ojos, el color de su piel.

Después, cuando Eneas habló de la muerte de su mujer Creúsa y de cómo había hecho todo lo posible para proteger a sus ancestros, Dido entendió por qué se estaba enamorando de él. Notaba que necesitaba aquel sentido de la familia que veía tan fuerte en Eneas. Ella, que había abandonado su tierra, que había perdido todo vínculo con su pasado, volvía a encontrarlo ahora en las historias de Eneas. Era como si buscara un modo de conseguir un poco de aquel hogar que él había defendido con todas sus fuerzas. Dido pensó que, amando a Eneas, podría tener una nueva familia. Y se dejó llevar.

Y sucedió que, durante una batida de caza, estalló de repente una tormenta. Eneas y Dido pensaron que lo más normal era ir a refugiarse a una gruta. Ninguno de los dos habría podido prever lo que ocurriría. O quizá sí que lo habrían podido prever, incluso quizá lo tuvieran previsto. Y fueron a propósito a refugiarse en aquella gruta, sabiendo que se quedarían solos, con la ropa mojada, atrapados, hasta que el temporal amainara.

Dido parecía asustada como una niña; Eneas, emocionado como la primera vez que amó a una mujer. Por eso la miró y le pareció bellísima, tan orgullosa y tierna en su realeza. Se acercó y la apretó contra sí, y ella se dejó abrazar. Y se quedaron de ese modo, apretados uno contra otra, como dos esposos ancianos que se aman desde hace mucho tiempo y que lo que más desean es sentirse cerca. Como si se conocieran desde siempre y les apeteciera volver a estar juntos. Luego Eneas la besó.

Cuando unos días más tarde Dido vio a los hombres troyanos trajinando junto a los barcos, entendió inmediatamente lo que estaba sucediendo. Y se sintió traicionada.

Sintió que la confianza que había depositado en Eneas había desaparecido. Y esto, más que ninguna otra cosa, la hizo sentirse humillada.

Entonces Eneas fue a hablar con ella, pero ella ya lo había entendido todo. Un corazón traicionado no necesita ninguna explicación, no necesita pruebas; no le interesa saber por qué, cómo, por cuánto, cuáles son los motivos que han empujado al amado a faltar al amor: se siente traicionado y perdido, y no hay nada más que pueda interesarle.

Dido no quiso oír ninguna explicación de Eneas, los

motivos por los que había decidido partir y no quedarse en Cartago con ella.

Y sí, ella también lo sabía. Sabía que detrás de todo aquello estaban los dioses. Sabía, se lo podía imaginar, que el destino de Eneas se encontraba en otro país, en una ciudad que no era Cartago; y sabía que ese era el deseo de los dioses, al cual los hombres no pueden oponerse. Pero también sabía que, si ella no se hubiera opuesto al deseo de los dioses, habría tenido que quedarse con los fenicios y dejarse dominar y humillar por su hermano. Sin embargo, había querido enfrentarse a aquel destino, y lo había doblegado con tal fuerza como solo una mujer puede mostrar. Ella era Dido, ella sola había fundado una gran ciudad, oponiéndose a los dioses y a su propio destino.

Ahora casi se sentía más enfadada consigo misma que con Eneas. No podía perdonarse haber cedido a aquel amor. Había traicionado su decisión de no volver a amar a ningún hombre y había hecho mal. Porque, al parecer, ni siquiera Eneas era capaz de oponerse a los dioses por amor.

En cambio, ella, Dido, era tan fuerte que podía cambiar el destino, alterar los tiempos que las parcas habían decidido para ella. Si los dioses habían sido así de injustos, arrebatándole dos veces los hombres a los que había amado, ella no se entregaría a sus caprichos. Los dejaría estupefactos anticipando el momento de su muerte.

Mandó formar un enorme montón de leña, haciendo creer que quería quemar todas las pertenencias de Eneas. Luego, una vez que se hubo subido a lo alto de aquella pila, mandó que le pasaran una antorcha y encendió la leña bajo sus pies. El fuego prendió y ella empezó a arder.

Mientras se alejaba de Cartago con sus barcos, Eneas oiría

los gritos de la gran Dido, vería desde lejos las llamas que consumirían su cuerpo.

Sibila de Cumas

Cuando Sibila vio a aquel hombre acercarse, ya sabía quién era. Ya conocía su historia, de dónde venía, lo que le había sucedido en su largo viaje, de qué ciudad destruida había huido. Conocía a su padre, sabía quién era su madre, con qué mujer se había casado y cómo había muerto, y a qué otra reina había amado en su viaje hasta allí. También sabía dónde quería que lo acompañaran, dónde iría después de encontrarse con ella, y contra qué pueblo lucharía. Qué rey lo acogería y con qué princesa se casaría. Sibila sabía qué ciudad reinaría su hijo, y qué vicisitudes debería vivir su gente. Sabía cuántos hijos tendría la última descendiente de Julo, amada por Marte, y qué gemelos resultarían; sabía quién los criaría, daría el pecho y cuidaría. Y cuál de los dos moriría después a manos del otro, y qué grandiosa ciudad fundaría.

Sibila lo sabía todo, porque veía en el tiempo. Era Apolo quien la inspiraba y quien le mostraba el futuro: Apolo, el del arco de plata, le había dado una vida infinita, una infinita vejez y la capacidad de saber con anticipación lo que ocurriría.

Echando la vista atrás, Sibila no conseguía recordar muy bien qué había pasado con Apolo aquella vez. Es decir, si había sido ella la que le había pedido vivir mil años para poder ver

el futuro, o si le había pedido poder ver el futuro y por eso él le había hecho vivir mil años.

Pero quizá Sibila no lo recordara porque prefería no hacerlo; recordar cuando Apolo, dios del sol, se había enamorado de ella.

Apolo despiadado, con su arco de plata, dios de la luz y de la muerte repentina, que cuando entraba en la sala de banquetes todos los dioses se ponían en pie por miedo o por respeto.

No era fácil, para una mujer, para cualquier joven, tratar con un dios como Apolo. Precisamente por tener tanto poder, ser tan luminoso y carecer de misterio. El primero de todos los hijos de Júpiter transmitía miedo y temor a las jóvenes de las que se enamoraba. Casi nunca ocurría que inspirara ternura o amor. Por eso, en lugar de acercarse, las mujeres escapaban.

Con Sibila había pasado lo mismo. Lo había visto llegar y, ya temerosa, había comprendido que no sería fácil llevarse bien con él. Y con todo, una fuerza misteriosa le había dicho que podría resistir, que no se entregaría a aquel dios, que no se dejaría conquistar. Y Apolo, que había rozado el ridículo con sus cantos y poesías para poder tenerla, al final hizo ostentación de su grandeza:

—Pídeme lo que quieras y yo te lo concederé —le dijo.

Ella se lo quedó mirando, fanfarrona y descarada en su presunción, y sin quitarle los ojos de encima se agachó y cogió un puñado de arena.

—Quiero vivir tantos años como granitos de arena contiene mi mano —le dijo.

Apolo cogió la mano de Sibila y la abrió dejando que la arena cayese lentamente, poco a poco. Cuando toda la arena había caído, dijo con gesto serio:

—Muy bien, pues haré que vivas nueve veces ciento diez años.

Sibila se sintió contenta. Había obtenido, si bien no la eternidad, algo que se le acercaba bastante. Sonrió, satisfecha. Pero cuando Apolo se acercó para besarla, ella se apartó, de nuevo asqueada.

—Nunca te amaré —le dijo—. Nunca, en ninguno de los mil años que me harás vivir —añadió.

Apolo se la quedó mirando. En esta ocasión ni siquiera parecía demasiado sorprendido. Como si estuviera acostumbrado a ciertas reacciones de las mujeres, como si en el fondo ya supiera que aquello terminaría así.

—Vivirás mil años, sí —especificó—, pero durante mil años, de año en año, envejecerás, puesto que no has pedido que todos esos años fueran de juventud.

Por muchas chicas que hubiera amado, Apolo el luminoso nunca había conseguido a ninguna. Ninguna se le había entregado y correspondido con ternura y afecto. Pero, en cada ocasión, él había encontrado el modo de mantenerlas a su lado: Sibila se convirtió en su sacerdotisa. Durante mil años, extasiada por la magia, lograría ver aquello que Apolo viera, y oiría sus profecías. A través de aquel dios, como si fuera su mensajero, o incluso su voz, vería el futuro, prevería el bien y el mal, sabría dirigir a los mortales en su porvenir.

Por eso, cuando Eneas fue a su encuentro, Sibila le contó qué sucedería. Le dijo que pronto desembarcaría en la desembocadura del Tíber, pero que tendría que librar furiosas batallas. Le contó a qué heroicos guerreros tendría que derrotar antes de poder fundar una nueva ciudad.

Después, Eneas le pidió que lo llevara hasta el Hades, el reino de los muertos. Y así lo hizo ella, acompañándolo allí donde es facilísimo entrar, pero muy difícil salir.

Se preguntó, Sibila, por qué Eneas necesitaba tanto conocer su futuro, preguntárselo a ella y después, en el Hades, a su padre Anquises, ya muerto. Preguntárselo al fantasma de su mujer y al alma de sus marineros tragados por el mar, a los presagios de los adivinos y a los sacerdotes de Apolo. Eneas quería saber continuamente qué ocurriría: se sentía inseguro y constantemente asustado. Y esto Sibila no lograba entenderlo. Quizá porque para ella el futuro se había convertido en un tormento, un tiempo infinito que no pasaba nunca, una vida que se consumía lentamente, pero sin llegar a apagarse. Ahora Sibila era vieja y quizá, si en lugar de seguir adelante hubiera podido volver atrás en el tiempo, se habría dejado amar por Apolo. En lugar de eso, se veía obligada a envejecer, a consumirse poco a poco. Encantada, se habría transformado en cigarra, con tal de no tener que seguir soportando durante más tiempo cómo se deshacía su cuerpo.

SEGUNDA PARTE

EL LACIO

Latino, el rey

Latino seguía mirando el portón del templo de Jano, absorto en los terribles pensamientos que un rey puede tener cuando debe decidir si llevar o no a su pueblo a la guerra.

Era como si ya pudiera ver los cadáveres de sus hijos en el campo de batalla, cubiertos de polvo y sangre. En realidad, Latino solo tenía una hija, Lavinia, que ciertamente no iría a la guerra. Pero era un rey anciano, no tenía descendientes varones y consideraba como suyos a todos los hijos de la ciudad de Laurento, a todos los soldados. No quería verlos morir, no quería que se derramara más sangre.

Y, una vez más, pensó en elevar sus pensamientos y sus plegarias a los dioses que desde siempre habían gobernado el Lacio y lo habían protegido. Esos dioses de los que él mismo descendía. ¿Acaso no era él hijo de Fauno?

En la noche de los tiempos, las tierras del Lacio estaban pobladas por aquellos a los que llamaban nativos. Porque ya existían: antes que nadie, ellos ya vivían en aquellos lugares. Pero eran bastante salvajes, por decirlo de alguna manera. Gente simple, sin ley, sin herramientas para cultivar el campo o para cazar, sin demasiados conocimientos. Latino se sabía bien aquellas historias, las conocía del mismo modo que se conocen las historias familiares o las de los dioses que nos

protegen.

Cuando Júpiter, tras la furiosa guerra contra los titanes, se convirtió en rey del cielo y de la tierra, depuso del trono a su padre Saturno, lo echó y este se marchó a Italia exiliado.

Al llegar a las orillas del Tíber, Saturno fue acogido benévolamente por el gran Jano, el dios de la doble cara. El más anciano de todos los dioses del Lacio pensó de inmediato en aliarse con el más antiguo de todos los dioses del Olimpo. Y así fundaron dos ciudades, una enfrente de otra. Una para Jano, en la colina que ahora se llama Janículo; y otra para Saturno, en la colina que ahora se llama Capitolio. Fue Saturno el que dio nombre a aquella gente, al pueblo que le había protegido en su fuga y en su clandestinidad: los llamó latinos. En cualquier caso, junto a Jano bifronte, reinó en armonía, enseñando a los latinos la importancia de la ciudad y de las leyes, cómo vivir en sintonía entre ellos y cómo cultivar la tierra. El reinado de Jano y de Saturno fue un periodo de gran paz y prosperidad. Luego las generaciones se fueron sucediendo y a los viejos reyes los reemplazaron otros nuevos: así, después de Saturno llegó el reinado de Pico. Pico fundó la ciudad de Laurento en las inmediaciones de un bosque de laurel, una ciudad tan grande y gloriosa que se convirtió en la capital de aquellas tierras y de aquel reino. Después de Pico vino Fauno, y después de Fauno el reino pasó a manos de Latino.

Por eso, ante la proximidad de una guerra, las puertas del templo de Jano se abrían, para que Jano protegiera a los soldados latinos durante la batalla. Siempre lo había hecho y lo seguiría haciendo en el futuro: incluso bajo el reinado de Rómulo, cuando los romanos tuvieron que luchar contra los sabinos, que habían ido a Roma a recuperar a sus mujeres,

Jano hizo aparecer mágicamente una fuente a sus pies para que estos huyeran asustados. Pero esto Latino todavía no podía saberlo. Lo que sabía era que, en cualquier guerra, Jano protegería a su descendencia. Por ello, al declarar una guerra había que abrir las puertas de su templo, de modo que pudiera actuar. Pero, precisamente por eso, Latino no quería abrirlas: no quería otra guerra.

Latino sabía hacia dónde se encaminaba su pueblo. Pero ahora todos sentían tal arrebato de fuerza contra aquellos forasteros que ni siquiera su anciano rey podría detenerlos.

Incluso antes de que los soldados troyanos arribaran a las orillas del Tíber, un poco más allá de la isla tiberina, y de que empezaran a construir su campamento, Latino ya había previsto su llegada. Ya sabía hacia qué futuro de grandeza y de gloria se encaminaba su gente aliándose con los troyanos.

Latino lo sabía porque se lo habían dicho los dioses a través de tres presagios. De hecho, más que presagios, se trataba de prodigios.

En medio del patio que había en el centro de su palacio, el palacio real que en su época había mandado construir el rey Pico, había un enorme árbol de laurel. Una planta sagrada para Apolo, el dios que puede ver el futuro. En cierto momento, Latino se dio cuenta de que en una rama de la parte alta de la planta se había instalado un enjambre de abejas. Ahí estaban, apiñadas, formando una especie de racimo colgante.

Latino se quedó bastante sorprendido, y también un poco asustado por aquello de las abejas, así que pidió a sus sacerdotes que averiguaran si, por casualidad, todo aquello tenía un significado particular. Los sacerdotes dijeron que sí,

que probablemente significaba la llegada de ciertos forasteros que, desde lo alto del palacio real, dominarían aquellas tierras.

Pero eso no fue todo.

Unos días después, mientras su hija Lavinia encendía junto a su madre las antorchas que iluminaban los altares sagrados, se le prendió fuego el pelo. Ella empezó a gritar y a correr aterrorizada por las estancias de palacio. Lo increíble era que el fuego no se consumía, el pelo no se chamuscaba y ella no se quemaba: la llama seguía ahí, como una premonición, un prodigio divino.

También en esta ocasión Latino preguntó a los augures, los sacerdotes que leen el futuro y saben interpretar los auspicios, qué significaba todo aquello. Y estos le dijeron que sí, que probablemente significaba un futuro espléndido para su hija Lavinia, hecho de gloria y de fama. Pero que también significaba la inminente llegada de una nueva guerra, es decir, del terror y de la destrucción.

En ese momento, Latino pensó que lo mejor era ir hasta aquel frondoso y sagrado bosque, no demasiado lejos de su palacio, y averiguar el modo de pedirle consejo a Fauno. Porque si era cierto que descendía de una antigua dinastía, el último de esta descendencia antes que él había sido precisamente su padre Fauno: dios de los bosques y de los presagios, protector de los pastores y antiguo rey.

Si fuera hasta allí de noche y se quedara dormido tumbado sobre las pieles de unas cabras sacrificadas, entonces sin duda Fauno le hablaría en sueños, y le contaría lo que estaba sucediendo.

Y así hizo Latino, no sin cierto temor. Por mucho que Fauno

fuera su padre, seguía siendo un dios que le pedía que se adentrara en medio de la noche en un bosque oscuro y bastante peligroso.

En cualquier caso, Latino fue. Y, una vez llegado a un pequeño claro entre los árboles, extendió sobre el musgo la piel de un par de cabras y se tumbó encima. Luego esperó a quedarse dormido y a tener un sueño, el vaticinio de Fauno. El vaticinio sería un veredicto, una premonición, una previsión de futuro.

—No intentes casar a tu hija con un latino —le dijo su padre Fauno, en sueños. Se refería a un príncipe, un rey de aquellas tierras, nacido en el Lacio—. Le llegará —continuó Fauno— un esposo de un país extranjero; la sangre latina se mezclará con la extranjera y tu estirpe se fortalecerá. Vuestra descendencia dominará el mundo, y los hijos de los hijos de los hijos de tu hija Lavinia fundarán la ciudad más grande del mundo.

Ahora todo empezaba a quedar claro. Llegarían unos forasteros y pedirían hospitalidad en sus tierras: Latino tenía que asegurarse de que no los expulsaran, debía acogerlos y aliarse con ellos. ¿Y qué mejor alianza que un buen matrimonio? Sin embargo, al pensar en un esposo extranjero para su hija, Latino se estaba olvidando de que los presagios habían dicho «forasteros», habían dicho «matrimonio», pero también habían dicho «guerra».

Acoged a los forasteros

Latino empezó a contar la historia de Pico y Canente, y en verdad le pareció que los troyanos lo escuchaban con gran atención. No es que los troyanos tuvieran que ser de por sí, a la fuerza, inciviles o maleducados, pero no dejaban de ser unos forasteros de los cuales no se conocían sus intenciones. Lo que ocurrió fue que Latino se puso a contar la historia de Pico y Canente, como habría hecho un viejo abuelo con sus nietos.

No quedaba nada claro que el encuentro con los troyanos fuera a terminar bien, entre otras cosas porque los habitantes de Laurento estaban alerta desde que aquellos habían desembarcado a orillas del Tíber. Como suele ocurrir en estos casos, sospechaban, y es probable que tuvieran miedo de ser invadidos o conquistados. En resumen, que los troyanos no tuvieran buenas intenciones. Por eso, inmediatamente empezaron a hablar de guerra. Pero Latino era un rey grande y sabio, capaz de comprender las diferencias entre los pueblos y de respetarlas. Y, de hecho, comprendió que lo mejor era acoger a los troyanos pacífica y amistosamente. A pesar de que muchos de sus súbditos y consejeros siguieran diciéndole que había que luchar contra ellos, hacer que regresaran al mar antes de que fuera demasiado tarde, él seguía pensando en

una alianza.

El rey estaba convencido de que debía ofrecer a sus huéspedes el mismo respeto que le habría gustado a él si se hubiera encontrado en la misma situación; y que de este modo mantendría la paz durante mucho más tiempo, es decir, haciendo que los latinos y los troyanos se respetaran mutuamente. Es posible que Latino ni siquiera se lo imaginara, pero los romanos que vendrían después de él harían de esta idea el fundamento de sus conquistas. Comprendieron que tenían que hacer convivir las diferentes religiones, ideas y convicciones de los pueblos que sometían. Y los hacían entrar en la República. Les ofrecían la ciudadanía romana, y les pedían que respetaran las leyes del Estado, pero dejando a cada uno la posibilidad de celebrar su propia religión, con los merecidos respetos hacia las costumbres y modos de pensar de todos. De esta manera, los romanos consiguieron mantener bajo la República vastísimos territorios.

En cualquier caso, Latino estaba convencido de que tenía que acoger a los troyanos pacíficamente, y ya pensaba en una alianza. Era un gran pueblo, noble y de orígenes antiquísimos, y los latinos solo podían beneficiarse de aquella amistad.

Por eso, cuando la delegación troyana llegó a palacio, Latino pensó ante todo que estaba dispuesto a escuchar: debía oír aquello que el joven soldado que la encabezaba tenía que decirle.

Ascanio era el hijo de Eneas. Cuando partieron de Troya, él todavía era muy pequeño. Dejó que su padre lo cogiera de la mano y lo siguió en aquel larguísimo viaje. Mientras tanto, como es natural, fue creciendo. Cuando empezaron a remontar el río Tíber, Ascanio ya era mayor, y comprendió que aquella era la tierra a la que estaban destinados. En ese momento,

Eneas pensó que lo mejor era ir a ver al rey que gobernaba aquel lugar y pedirle asilo. Es decir, hospitalidad, ayuda, permiso para construir una pequeña ciudad donde poder quedarse. Exactamente como, mucho tiempo antes, había hecho Saturno con Jano. No había razón para que ahora los latinos no se comportaran con los troyanos como Jano lo había hecho con Saturno. Por eso, Eneas decidió enviar a su hijo Ascanio a ver al rey Latino y a llevarle los pocos dones que, después de años de peregrinación por el largo viaje desde Troya, le quedaban.

Ascanio obedeció y, al llegar al palacio real de Latino, se mostró tranquilo y humilde. Regaló al rey aquellos objetos valiosos y luego empezó a contarle. Habló de la destrucción de Troya, de lo grande que era la ciudad de la que provenían. De lo largo y difícil que había sido el viaje para llegar hasta allí. Y también habló del respeto que querían ofrecer a la población del Lacio, de la petición de asilo y de acogida. De la gloria y de la descendencia divina con la que obsequiaban a aquellas nuevas tierras donde los dioses los habían empujado a llegar.

Latino permaneció quieto, con la mirada baja, escuchando las palabras del joven troyano. Pero, mientras Ascanio hablaba, él pensaba en los presagios que habían precedido a la llegada de los troyanos. El racimo de abejas sobre la planta de laurel, el pelo incendiado de Lavinia, los consejos que en sueños le había dado Fauno. Y así, finalmente, comprendió lo que iba a suceder: Lavinia tenía que casarse con Eneas. Mediante ese matrimonio, la alianza entre latinos y troyanos sería sólida y duradera. Por eso le hizo entender a Ascanio que con mucho gusto se reuniría con su padre. Y a Ascanio pareció alegrarle aquello.

Luego, casi vacilante, con cierto temor que quebraba su voz, el

joven Ascanio preguntó qué dios estaba representado en la estatua que había detrás del trono. Pensaba que, para complacer a un pueblo extranjero, lo mejor era preguntar por sus historias. Sus dioses, sus mitos, sus narraciones. Estar dispuestos a escuchar significaba estar dispuestos a entender la diversidad de quien te ha de acoger. Pensaba que, para hacerse respetar, es necesario ofrecer el mismo respeto que se espera recibir. Y que lo más importante que hay que respetar de los demás es la religión: las historias, los mitos, los dioses, la tradición.

Latino se quedó muy impresionado por aquella pregunta. Le pareció un gesto de gran humildad por parte de los troyanos. Y por ello, se sintió muy contento de poderles contar la historia de Pico, su abuelo.

Pico, Circe y Canente

Pico era guapo, tan guapo que todas las mujeres del Lacio estaban enamoradas de él. Y no solo las mujeres, también las ninfas de los bosques, de los ríos y de los manantiales. Todas habían tratado de casarse con él, todas las princesas de todas las ciudades de los alrededores de Laurento, todas las ninfas del Tíber y las del Aniene, las náyades de los manantiales de los bosques de Diana y las de las aguas sulfurosas del lago Álbula. Pero a Pico, hijo de Saturno, desde hacía tiempo rey de los latinos, no parecían interesarle todas aquellas pretendientes. Le gustaba especialmente criar caballos e ir a cazar jabalís. En realidad, no le interesaban las demás pretendientes porque solo le interesaba una: Canente.

Canente era hija de Jano bifronte y de Venilia, y vivía en el Palatino. Era muy hermosa, sí, muy hermosa. Pero no era eso lo que había conquistado el corazón de Pico. Canente cantaba con una voz tan dulce y armoniosa que podía amansar a las bestias, conmover a las selvas y a las piedras, detener la corriente de los ríos. Canente cantaba la belleza del mundo y de la naturaleza, y Pico se enamoró de aquello.

Por eso, cuando Canente creció lo suficiente, Pico se la llevó consigo, se casaron y construyó en Laurento un palacio digno de una reina como ella. Vivían felices, casi como en un cuento de hadas.

Canente cantaba para alegrarle el día a Pico. Y Pico de vez en cuando salía de caza, aunque no tanto como deseaba. En realidad, a Canente no le gustaba nada cuando Pico salía montado a caballo por el campo, con su arco y sus jabalinas, en busca de grandes jabalís a los que perseguir y matar. No podía decir exactamente por qué, pero había algo que le decía que tarde o temprano Pico se perdería durante la caza, y que no volvería más con ella.

La última vez que Pico salió de caza, Canente ni siquiera quiso ver desde la ventana cómo se marchaba. Se quedó en el jardín interior del palacio, cantando, con pájaros de todo tipo acercándose a oír su voz. Pico tenía una capa roja que abrochaba con una gran fíbula de oro. Esto sí que lo recordaría Canente para siempre.

Pico comenzó a cabalgar por el campo en dirección al sur, cuando de pronto le pareció divisar un enorme jabalí. Empezó a perseguirlo, hasta que se metió en los bosques cercanos al monte Circeo.

En aquel mismo instante, la bella Circe, hija del sol, andaba buscando algunas de sus hierbas especiales y secretas que le servían para hacer bebidas. Al pasar por allí vio a Pico, que cabalgaba persiguiendo al jabalí, e inmediatamente se enamoró de él.

Siempre lista para usar sus poderes y obtener el amor, la confianza y la fidelidad de los hombres, realizó uno de sus prodigios. Creó la ilusión de un jabalí para que el joven rey lo persiguiera y así conducirlo a la parte más frondosa del bosque, allí por donde su caballo no podría pasar.

Pico se dejó engañar por aquel fantasma y lo siguió hasta las profundidades del bosque, donde Circe quería atraerlo.

Luego bajó del caballo y comenzó a seguir al jabalí a pie. Lentamente, una densa niebla, la oscuridad, la negrura y la bruma del sotobosque hicieron que perdiera el camino de regreso.

Y de repente, vio aparecer ante él a Circe, la hechicera.

Pico seguía sin entender cómo había podido pasar, pero empezó a correr, y de pronto le pareció que su cuerpo se volvía cada vez más ligero, como si los pies se le despegaran del suelo, como si la espalda se le cubriera de plumas. No lo entendía. Y como no lo entendía, huía; y como huía, no entendía lo que estaba sucediendo. Después se detuvo, posando las patas en una rama, y miró a su alrededor moviendo a trompicones su pequeña cabeza.

Circe lo había transformado en un pájaro.

Ahora, con el corazón latiéndole rápido en el pecho, Pico lo comprendió todo. Circe, enamorada, lo quería para sí. Le había pedido que la amara y que se quedara siempre con ella. Pero él le había dicho que no, que amaba a Canente, que siempre la amaría, que nunca traicionaría aquel amor.

Y a Circe no le había gustado aquella respuesta. En cuanto Pico intuyó que algo no iba bien, comenzó a correr buscando la salida del bosque, y se encontró transformado en pájaro carpintero.

Mientras contaba a los troyanos la historia de Pico y Canente, a Latino le agradó ver cómo Ascanio se emocionaba. Es decir, le gustó el hecho de que Ascanio, como el resto de los troyanos, demostrara tener buenos sentimientos y saber conmoverse ante aquellas historias.

Sí, porque la historia terminaba con que Canente, al ver que

su marido no volvía de la caza, empezó a preocuparse.

Incluso antes de que los soldados, que mandó para buscarlo, volvieran sin noticias de Pico, Canente ya había comprendido que nunca más volvería a verlo. Y por eso comenzó a vagar por las tierras cercanas a Laurento, cada vez más asustada, sola y desesperada. Y cuanto más se alejaba, más se daba cuenta de que debía rendirse; pero seguía adelante. Ahora vagaba como si bastara con buscar a Pico para que aquello le aportara un poco de paz. Pero de este modo hacía que su corazón se consumiera de tristeza y de aquella terrible sensación de vacío que dejaba en su interior la ausencia de Pico. Llegó hasta las orillas del Tíber, deshecha de cansancio y de desesperación. Se desplomó en la arena que acompaña al gran río, cerca de una mata de cañas, y, sin dejar de llorar, transformó su lamento en un canto, tan dulce como desgarrador por su tristeza. Y lentamente, cantando, comenzó a diluirse en el agua del río. Hasta que desapareció.

Juno, la que siembra discordia

—Lo cierto es que a tu padre no le parece un asunto importante.

Amata se dirigía a su hija Lavinia, aunque era con Latino con quien estaba enfadada.

—¿De qué hablas, madre?

—De tu marido, de eso hablo.

—¿De qué marido? Si no estoy casada.

—Aún no, mi niña, aún no.

—¿Y con quién debería casarme?

—Esa es la cuestión: ¡con quién! Visto que el marido que yo tengo en mente no es el que tiene pensado tu padre.

—¿Y tú con quién crees que debería casarme? ¿Y en quién está pensando mi padre Latino?

—Tú no te entremetas. No son cosas que te incumban.

A veces, cuando ya todo parece resuelto, cuando parece haberse alcanzado la paz, cuando se ha llegado a acuerdos y se han organizado bodas, puede surgir algo que lo estropee todo. Una furia de nada lista para sembrar cizaña, por ejemplo.

Si Latino hubiera ido a los aposentos de su mujer Amata, en su palacio real, habría notado claramente la presencia de Alecto, la furia infernal de la discordia. Y quizá, si hubiera

sentido aquella presencia, habría intuido también quién la enviaba.

La diosa protectora de los matrimonios, la madre de todos los dioses, Juno, parecía interesada en volver a meter baza. En efecto, nunca había querido demasiado a Eneas: quizá porque era hijo de Venus, quizá porque era un príncipe troyano, o quizá simplemente porque le resultaba antipático.

Así es, a veces los dioses nos son hostiles. No solo no nos ayudan, sino que incluso puede ocurrir que hagan todo lo que esté en su mano para ponerse en nuestra contra. Esto era lo que le pasaba a Eneas con Juno. A ella le habría gustado que no se salvara de la guerra de Troya, no quería que encontrara su nueva tierra, pero por encima de todo no quería que sus descendientes fundaran la ciudad más grande del mundo. Por aquello sí que no pasaba.

Así que desde el principio había hecho todo lo posible para impedir que Eneas llegara y se estableciera en Italia. Pero ahora que Eneas había llegado y estaba a punto de casarse con la hija del rey Latino, sabía que no tenía mucho tiempo que perder.

Sabía lo que tenía que hacer ahora. Y por eso pensó en liberar a una de las furias infernales, Alecto, para que sembrara un poco la discordia y desencadenara una guerra.

Según Amata, la mujer de Latino, esto es lo que había ocurrido. Ella era una mujer bastante tranquila, aunque muy preocupada, como cualquier madre, por saber con quién se casaría su hija. Por eso, a la furia infernal no le había costado demasiado hacer que Amata se angustiara un poco más. En efecto, ella daba por descontado que Lavinia se casaría con Turno, el rey de los rútulos.

Turno era un muchacho guapo, rico y poderoso. Para una

madre ambiciosa no había probablemente un esposo mejor al que confiar a su hija. Por eso, cuando Latino llegó con aquella historia de que Lavinia tendría que casarse con el troyano Eneas, Amata se puso hecha una furia.

No es que el tal Eneas no fuera un hombre guapo, pero digamos que Turno era mucho mejor. Para empezar, era decididamente más rico. Eneas podía ser un príncipe troyano, pero Turno era rey y, sobre todo, era italiano, es más, del Lacio, de la ciudad vecina. Además, Eneas ya no poseía demasiadas riquezas, por no decir ninguna. Y provenía de una ciudad lejana, totalmente extraña y ahora destruida.

Pero, a pesar de que su mujer Amata hubiera hablado sin rodeos, Latino no parecía demasiado dispuesto a ceder. Seguía convencido de que lo mejor para Lavinia era Eneas.

Por supuesto, en todo esto Turno no se quedaría de brazos cruzados. En realidad, de ser por él, probablemente no hubiera hecho nada, aceptando la decisión de Latino. Pero en sus sueños empezó a tener extrañas visiones. Como la de una pequeña furia infernal que le decía: «¿Qué haces, Turno? ¿Duermes, mientras un troyano te quita a tu prometida?». En ese momento, decidió actuar.

Ya no podía obligar a Latino a entregarle como esposa a su hija. Eso no era posible. Pero podía matar a Eneas en combate. Eso es: los rútulos tenían que declarar, a toda costa, la guerra a los troyanos. Entonces podría demostrar quién era mejor, si él o Eneas. La idea de poder conquistar el amor de Lavinia matando al otro pretendiente no le disgustaba en absoluto. Aquella imagen lo emocionaba: Eneas incluso le parecía casi viejo. No le costaría derrotarlo.

Quizá Turno fuera realmente un buen jefe militar, rico y poderoso, y también bastante guapo. Pero es posible que

tuviera demasiada confianza en sí mismo. Nunca es bueno pensar que puedes dirigir el rumbo de los acontecimientos a tu antojo.

Así pues, si Juno quería aquella guerra, Latino no podría hacer mucho por evitarla. En efecto, con tal de arruinarle el futuro a Eneas, la diosa no se limitaría a influir en los malos pensamientos de Amata o en los sueños de Turno. Estaría incluso dispuesta a ir hasta Laurento para abrir ella misma las puertas del templo de Jano, si Latino seguía negándose a hacerlo.

La gente del Lacio ansiaba que Latino abriese las puertas del templo para poder dar comienzo a la guerra contra los troyanos. Parecían haber perdido el juicio, presa de una locura que los empujaba a la destrucción y a la guerra. Y no fueron solo la rabia de Turno y las reprimendas de Amata las que fomentaron aquello. También se añadió la historia del ciervo.

Yendo de caza a los bosques que había por los alrededores de Laurento, Ascanio mató un hermosísimo ciervo. No había podido resistirse, le había parecido magnífico tener aquellos espléndidos cuernos como trofeo de caza. Como muestra de su habilidad. Pero una vez más, la furia infernal se metió de por medio. Porque aquel ciervo no era un animal cualquiera, sino que pertenecía al rey y había sido domesticado por la hija del mozo de cuadra. Toda la gente de Laurento le tenía especial cariño, nunca nadie se habría atrevido a matarlo. Y, naturalmente, consideraron el gesto de Ascanio como una ofensa que debía ser pagada con la muerte, con la guerra. Así que todos los jóvenes de Laurento marcharon juntos hacia el campamento troyano para vengar aquella imperdonable afrenta de Ascanio.

Mientras tanto, Latino seguía allí, frente a las puertas cerradas del templo de Jano, negándose a ser él quien las abriera, negándose a ser él quien comenzara.

—Bueno —dijo—, si tanto queréis esta guerra, la tendréis. Pero no seré yo quien la declare. Dejaré de reinar y me encerraré en casa, y rezaré a Jano para que proteja a mis soldados en combate.

Hércules y Caco

Eneas se dio cuenta, ahora lo entendía, de que las cosas no iban a ser tan fáciles. Que no bastaría con casarse con Lavinia, hija de Latino, para poder vivir en paz en aquellas tierras. Comprendió que podría estallar una guerra y esto, naturalmente, le asustaba. Le había tocado vivir los diez interminables años de la guerra de Troya: había visto sufrimiento, dolor y sangre. Y cómo el alma de un hombre puede acabar destrozada por una guerra. Tenía miedo. ¿No sería mejor para todos emprender de nuevo el viaje, en busca de otro lugar donde vivir?

Y así, ciertamente angustiado, mientras Ascanio salía de caza y mataba ciervos a los que ni siquiera tendría que haber mirado, él trataba de encontrar paz para su mente.

La paz le llegó de noche, mientras dormía. También porque Tiberino, el dios del Tíber, se la trajo en sueños.

Tiberino le repitió aquello que ya todos los dioses, adivinos y presagios le habían dicho desde que se marchara de Troya. Es decir, que fundaría la ciudad más grande del mundo. No él, sino sus hijos, o los hijos de sus hijos. Lo que no quedaba claro era si, llegados a este punto, también él se había cansado un poco de que se lo dijeran, sin ver nada en concreto que presagiara esta gran ciudad.

En cualquier caso, Tiberino, en sueños, le dio algunos buenos consejos. El primero de todos, que fuera al Palatino, una especie de colina que había más adelante, a orillas del Tíber. Justo donde el río formaba un meandro muy ancho, poco antes de llegar al punto donde una pequeña isla dividía en dos el curso del agua. Allí, en el Palatino, vivía un tal Evandro. Él sabría aconsejarle y ayudarle adecuadamente.

Eneas, después de semejante sueño (con el río, la corriente y el agua que corre espumosa), se despertó por la mañana temprano y echó a andar hacia las orillas del Tíber.

—Mira —le dijo Evandro, rey de los arcadios—, eso que tenemos ahí delante es el Aventino. Desde aquí incluso se puede ver la gruta donde Hércules dio con el horrible Caco y sus vacas. Y donde lo mató.

Evandro acogió muy bien a Eneas, sobre todo cuando entendió de quién se trataba. Es decir, un príncipe troyano, etcétera, etcétera. Lo invitó a cenar y desde el patio de su casa empezó a mostrarle el lugar maravilloso donde vivía. Y también le contó alguna de las historias de aquellos lugares.

La que más apasionaba a Evandro era la historia de Hércules, de cuando había pasado por allí al volver a casa desde el fin del mundo.

Quizá fuera el décimo trabajo de Hércules, el de los bueyes y las vacas rojas de Gerión. La cuestión es que este Gerión era un monstruo que vivía un poco más allá del fin del mundo, por allí. Son cosas que pasan. Hércules llegó al fin del mundo, entre España y Marruecos, y separó dos montañas, creando un estrecho de mar. Y allí plantó dos columnas para señalar el paso. Después fue más allá. Es decir, más allá del fin del

mundo. Y logró dar con Gerión.

Después de luchar con Gerión y de derrotarlo, Hércules se llevó sus vacas. Entonces, para volver a casa, a Grecia, con las vacas y los bueyes rojos de Gerión, Hércules volvió a pasar por el estrecho, entre las columnas. Luego cruzó toda España y buena parte de Italia, atravesando el Lacio. Finalmente llegó allí donde una isla divide el agua del Tíber en dos, y es más fácil cruzar. Y pensó detenerse, porque se sentía un poco cansado.

Así que dejó pastando a las vacas por allí cerca, más o menos en el lugar donde ahora está el circo Máximo, y se echó a dormir. Durmió estupendamente porque del mar, desde poniente, llegaba un vientecillo ligero que le ayudó a conciliar el sueño.

Por la mañana se despertó y se comió unos higos que encontró en un árbol cercano. En ese momento ya estaba listo para volver a partir. Así que llamó a todos sus bueyes y vacas y, empujándolos un poco, dándoles alguna que otra patada, volvió a reagrupar la manada.

Pero algo no encajaba.

—Algo no encaja —dijo, en efecto. Se dio cuenta de que faltaban bueyes, y quizá también alguna vaca. Y de los más bonitos, además. Para asegurarse, los volvió a contar, pero no, faltaban justo ocho. Probablemente, se hubieran escondido en algún sitio durante la noche.

Así que se puso a buscarlos un poco por todas partes. Dio la vuelta entera al Palatino y luego al Aventino. Miró por las orillas del Tíber, metiéndose en el fango hasta las rodillas, para ver bien si, quizá, se habían escondido detrás de algún matorral. Pero nada.

Entonces subió al Aventino, por si acaso habían llegado

hasta allí arriba. Nada. Le había parecido ver pisadas, pero iban en la dirección opuesta. Incluso preguntó a unos pastores que andaban holgazaneando por allí. No tenían ni idea, no habían visto ninguna vaca. Es más, parecían más bien asustados. No tanto por él, Hércules, que era bastante alto, gordo y forzudo. Parecían asustado de por sí, como si hubiera algo que los turbara en aquel lugar donde vivían.

Después de dar otra vuelta, sin encontrar nada más que algún excremento de vaca, Hércules se resignó y decidió marcharse con cuatro vacas y cuatro bueyes menos. Reunió los que le quedaban y se puso de nuevo en marcha.

Sin embargo, al pasar bajo el Aventino, algunas vacas empezaron a mugir y entonces a Hércules le pareció escuchar otros mugidos que respondían. Lejos, y un poco amortiguados.

Y lo entendió: eran los bueyes y las vacas desaparecidos que respondían al mugido de sus compañeros.

Pero ¿dónde estaban? El sonido era apagado, como si estuvieran escondidos, encerrados en alguna parte. Hércules empezó a buscarlos por las pendientes del Aventino.

En ese momento, los pastores que vivían por allí asistieron a una escena a la que nunca habrían pensado poder asistir. Vieron a Caco, al horrible Caco, escapar presa del terror y refugiarse en su gruta, cerrando la entrada con una enorme roca.

Caco era un monstruo feroz que vivía por aquella zona y que continuamente se llevaba las ovejas y vacas de los pastores. Era tan enorme y fuerte, tan monstruoso, que aquellos pastores nunca imaginaron que pudieran librarse de él. Por ello, aceptaban en silencio que se comiera sus bestias.

Esperando, en realidad, que no se los comiera también a ellos.

Aquella noche, Caco había robado ocho bueyes y vacas de Hércules, los había arrastrado por la cola y conducido hasta su gruta. Por eso, Hércules no había encontrado ni rastro de ellos, porque los bueyes caminaban hacia atrás y sus huellas no apuntaban en la dirección adonde estaban siendo llevados. Pero mientras Hércules se marchaba con el resto de la manada, las vacas habían mugido y las otras habían respondido desde dentro de la gruta.

Hércules empezó a trepar por el Aventino en busca de sus vacas, y entonces Caco se dio cuenta de que eran las bestias que acababa de robar. Y fue presa del pánico. Así que escapó y se refugió en la gruta.

Pero Hércules lo vio. Y para abrir la entrada de la gruta, se agarró a un saliente de la roca y, con gran esfuerzo, sacó un trozo entero de montaña. Entonces se abrió un pasaje, destapando la entrada del escondite de Caco.

Como es natural, aquello acabó como cabía esperar que acabara: la fuerza brutal, las llamas que salían de sus tres cabezas, los horribles dientes o las patadas que soltaba Caco no sirvieron de mucho. Hércules lo mató con su maza.

Y de este modo liberó aquellos lugares de la opresión de un terrible monstruo.

Ahora, en el Palatino, se hablaba de cuando Hércules mató a Caco. Y se solía contar esa historia también a los niños o a los huéspedes importantes que se presentaban a cenar.

Justo como acababa de hacer Evandro con Eneas.

El alfabeto de Evandro

Evandro estaba muy orgulloso del lugar donde vivía, de la belleza de aquellos parajes y de las leyendas que hablaban de ellos. Era como si hubiera entendido perfectamente lo importantes que eran las historias que acababa de contar a Eneas. Como un olor que inunda el aire de un lugar y lo vuelve especial, diferente a todos los demás lugares del mundo. Eso era: Evandro sabía que aquel lugar, entre el meandro del Tíber, la isla y las colinas que había alrededor, era en cierto sentido mágico y especial.

Y tenía razón.

Evandro era un príncipe que había llegado a Italia desde Arcadia, Grecia. Era un hombre muy culto e inteligente. Y mientras él estuvo allí, el Palatino había parecido casi un lugar civilizado, normal. Después de verlo actuar, Evandro instauró el culto a Hércules, también para agradecerle que hubiera librado aquellos lugares del horrible Caco. Por lo demás, Evandro se pasaba gran parte del tiempo estudiando, aprendiendo cosas nuevas e inventando otras, incluso más nuevas y maravillosas.

Por ejemplo, había inventado un nuevo alfabeto. Decidió que el antiguo, el griego, era hermoso y fascinante, sí, pero que no funcionaba lo suficientemente bien. Así que ideó otro completamente nuevo, al que dedicó un montón de tiempo para perfeccionarlo. En parte, era parecido al griego. Evandro

lo copió de aquel, pero el suyo nuevo era decididamente más fácil de escribir, sobre todo si había que hacerlo en piedra. Era el alfabeto que usarían después los romanos y que, incluso hoy, utilizan buena parte de los hombres al oeste de Asia.

La cuestión era que Evandro, culto príncipe extranjero venido de Grecia, estaba convencido de que aquellos lugares eran mágicos y maravillosos. Y, al mostrárselos a Eneas, trataba de convencerle a él también de ello.

Tanto es así que, en esta ocasión, incluso Eneas empezó a sentir algo. Algo que le decía que allí se hallaba la ciudad de la que había oído hablar desde que se marchó de Troya. Es verdad que tenía claro que la ciudad todavía no estaba, que no había nada, aparte de la casa de Evandro, algunas cabañas de pastores y un pequeño lago que formaban las inundaciones del Tíber entre una colina y otra.

Pero en cierta medida era como si aquella ciudad siempre hubiera existido. Incluso sin verla, Eneas sentía que la ciudad estaba ahí. Esperando tan solo a ser construida.

Lo sentía por la magia que había en el aire. Por la increíble luz que, ahora que llegaba el anochecer, se derramaba alrededor de aquellas colinas, por aquellos valles, por los meandros del río.

Le pareció un lugar maravilloso.

Desde ahí, desde el Palatino, Evandro le mostró a Eneas todo el valle alrededor del Tíber, y las colinas que lo rodeaban. Justo enfrente de ellos, el Aventino lucía en todo su esplendor.

Y de esa maravilla era de la que Evandro estaba hablando.

—¿Ves? —le dijo, mostrándole una especie de montaña que había más allá del Tíber—, eso es el Janículo. Es allí donde vivía Jano bifronte cuando Saturno llegó desde el Olimpo en busca de asilo.

«Qué extraño personaje este Jano», pensó Eneas. Un dios

con dos caras, capaz de mirar al mismo tiempo detrás y delante de él. El pasado y el futuro. Hacia oriente y hacia occidente. Como si el primero de todos los dioses que debía proteger aquella inmensa ciudad supiera ya lo eterna que sería, lo vastos que serían sus territorios.

—Eso, en cambio —seguía contando Evandro—, es el Capitolio.

—¿Dónde? —preguntó Eneas, que, en efecto, no entendía bien. Si estaba en lo cierto, había otras seis colinas, aparte de aquella en la que estaban y la montaña del Janículo.

—Mira aquí abajo, aquí delante está la gruta de las lupercales, donde hacemos los sacrificios al dios Fauno, justo delante de esa higuera. ¿La ves? —Eneas la veía—. Si miras todo recto hay un valle, el Velabrum, y después está el Capitolio.

Ahora Eneas lo reconoció.

Evandro seguía hablando:

—Es ahí donde Saturno instaló su pueblo. Él y Jano trajeron la civilización a los nativos. Les dieron leyes, les enseñaron a cultivar la vid, a enyugar los bueyes para ponerles el arado.

Luego sucedió algo extraño.

Evandro propuso a Eneas dar una vuelta, un paseo. Bajaron del Palatino y se encaminaron hacia el Capitolio. Pasaron junto a la higuera que había delante de la gruta. Y a Eneas le pareció ver un pájaro carpintero posado en lo alto, picoteando la pulpa de un fruto maduro. Mientras pasaban, el pájaro carpintero dejó de comer y miró a Eneas a los ojos. Y era como si le estuviera sonriendo, como si le guiñara el ojo.

A partir de ese momento, mientras Evandro le mostraba aquellos parajes, a Eneas le pareció que podía ver también

cómo serían en el futuro.

Era como si, por arte de magia, aquella ciudad que todavía no existía se mostrase a Eneas tal y como sería. Como si le enseñase una grandeza que, en realidad, ya estaba ahí, en el pantano que había entre las dos colinas.

Así, bajando del Capitolio hacia el sur, a Eneas le pareció ver el foro, o imaginárselo, no sabría decir. El templo de Saturno a la derecha, y un poco más abajo la vía sacra, frente al arco de Septimio Severo y en medio de los *rostra,* desde donde hablarían los magistrados. Después, más adelante, a un lado la basílica Julia y al otro la basílica Emilia. Y detrás de esta la curia, donde se reuniría el Senado. Más adelante aún, el templo de Julio César, y a su derecha el templo de Vesta, con la casa de las vestales justo al lado. Luego, al fondo, el anfiteatro construido por Flavio: el Coliseo, el estadio más grande del mundo. Al lado, el arco de Tito. Y detrás, sobre la colina del Oppio, la enorme villa del emperador. Y según Eneas desviaba la mirada, girando la cabeza, Roma seguía mostrando toda su belleza: los tejados, los templos, la cúpula del Panteón, la plaza donde inundaban la calle y hacían que los barcos lucharan, el campo de Marte, el altar de la paz, el mausoleo del emperador. Eneas miraba, y Roma se mostraba como sería en cada época: eterna. Era un poco como si ya pudiera ver esa extensión de tejados, de terrazas y de cúpulas, algunas redondas, otras incluso enroscadas. Y las iglesias, las fuentes, los palacios, los callejones y las plazas, las ventanas iluminadas, las contraventanas entornadas y la gente dentro de las casas, en la cocina, con el caldo de pollo en la mesa, la cafetera, y fuera los pájaros volando y perfilándose en el cielo sobre una luz maravillosa. Como si ya la Roma de cada época, la Roma del futuro, la belleza y la eternidad estuvieran ahí, en aquel lugar donde todavía no había nada, pero más tarde o más temprano estaría todo.

Eneas apartó la mirada, como cuando uno se queda embelesado soñando despierto, y se volvió a encontrar al lado de Evandro, al borde de un pantano. Evandro le sonrió, y a Eneas le pareció entender perfectamente cuál era la magia que acababa de atraparlo.

Entonces Eneas se marchó de allí sabiendo por qué tenía que librar aquella guerra. Evandro le aconsejó aliarse con los etruscos que vivían en las ciudades que había al norte de los territorios latinos. Con aquellas alianzas ganarían la guerra.

Porque la guerra acababa de comenzar. La misma Juno, madre de todos los dioses, en el momento en el que Latino se echó a un lado, abrió de par en par las puertas del templo de Jano.

Durante la noche, Turno se lanzó al ataque del campamento de los troyanos. Alentado por la diosa, el rey de los rútulos se convenció de que podía matar a Eneas, casarse con Lavinia y convertirse así en el rey de los latinos. Pero no sabía a la grandeza que se estaba enfrentando.

TERCERA PARTE

REA SILVIA

Rea Silvia, la princesa vestal

Después de un rato mirando la estatua de la diosa, Rea Silvia bajó la vista en señal de respeto. Un poco como si esperara que Vesta le mandara una señal de su benevolencia. Por supuesto, no pensaba que la hermana de Júpiter, protectora del hogar y del fuego de la ciudad, quisiera hablar con ella. No era eso. Rea Silvia ni se atrevía a pensar en algo parecido. Simplemente le habría gustado saber si aquella diosa tan grande e importante la consideraba una digna sacerdotisa.

En el fondo, Rea Silvia había sido elegida como sacerdotisa de Vesta no porque se lo mereciera, sino porque su tío Amulio, el nuevo rey, no la quería en palacio. No quería que se entrometiera en sus asuntos. Y, sobre todo, no quería que tuviera hijos. Y las vestales, las sacerdotisas de Vesta, no podían tener hijos. Todo esto lo sabía Silvia perfectamente. Y a pesar de ello, consideraba muy importante su sacerdocio, mantener la pureza y la dignidad que este requería, seguir devota a la diosa a la que estaba llamada a servir.

Así, mientras cruzaba el patio de la casa donde vivía junto a las demás vestales, dirigió su mirada a la estatua de la diosa. Luego inclinó la cabeza y se marchó al templo.

Al entrar en aquel lugar, Rea Silvia se fijó inmediatamente en que la llama ardía con regularidad. Ese era su cometido: custodiar aquel fuego, hacer que no se apagara.

Aquel era el fuego sagrado de Vesta, el hogar del rey, el

primero de todos los hogares de la ciudad. Aquel fuego había sido llevado hasta allí desde el templo de Vesta en Troya, Eneas lo había cogido y custodiado. Cualquiera que necesitara encender un fuego, podía ir al templo de Vesta y prender allí su llama. Por eso las vestales eran tan importantes. Importantes y respetadas como ninguna otra mujer en toda la ciudad.

Esto también lo sabía Rea Silvia: cuando pasaba por las calles, la gente se apartaba y le dejaba paso. Incluso el rey debía mostrar el mayor de los respetos a las vestales. Silvia sabía que, a su muerte, sería enterrada dentro de las murallas de la ciudad, porque su cuerpo se consideraba tan sagrado que se mantenía puro incluso después de la muerte. Pero también sabía que justo por eso a ella, y a las otras sacerdotisas de Vesta, no se les permitía conocer hombres, enamorarse, casarse o tener hijos. No era posible que el amor por un hombre o el cuidado de un hijo la distrajeran de su cometido.

Después de apartar la ceniza del brasero y de poner leña nueva, Rea Silvia se dirigió al *penus Vestae*. Situado en el interior de la cella, era la habitación más secreta del templo, en la cual solo podían entrar las vestales. Allí se custodiaban los objetos más sagrados e importantes de la ciudad: los penates, es decir, pequeñas estatuas de los dioses que protegían Alba Longa, el testamento del rey y de los demás magistrados, y los tratados de paz. Y el Paladio. Silvia rozó con el dedo el perfil de esta estatua de madera y un escalofrío le recorrió la espalda. Era tan pequeña y, al mismo tiempo, tan antigua, sagrada y poderosa…

Aquella estatuilla se parecía a Minerva; de hecho, había sido la muñeca de la diosa de la guerra y de la inteligencia. Desde que Ascanio la colocó en la cella del templo de Vesta,

Minerva protegía Alba Longa. Al igual que había protegido Troya, al menos hasta que Ulises la robó, y consiguió después expugnar y destruir la ciudad. Luego Eneas la llevó consigo durante su largo viaje y, antes de morir, se la confió a su hijo Ascanio.

Mientras miraba el Paladio, Rea Silvia pensó que también Minerva había decidido no conocer el placer del amor y no tener hijos. Y se le ocurrió preguntarse si sería lo bastante fuerte y decidida como lo habían sido Minerva y Vesta.

Se lo preguntó también porque, en determinados momentos, se sentía sola, incapaz y sin nadie que la protegiera.

Junto al Paladio seguía estando el testamento de su abuelo Proca, el último rey de Alba Longa antes de que Amulio, el más joven de sus hijos, se hiciera con el reino. Naturalmente, el testamento había sido abierto cuando Proca murió, pero seguía estando custodiado en la cella del templo. Silvia ni siquiera pareció prestarle atención: el nuevo rey la había obligado a convertirse en guardiana de los objetos más sagrados de la ciudad, de la memoria, de sus más profundos secretos. Y todo para impedirle que engendrara hijos, porque estos podrían ocupar su lugar. Se sentía triste: ahora sí que le gustaría saber si Vesta era su amiga, y si Minerva la protegería. Tratando de no pensar más en estas cosas, Rea Silvia salió del templo en busca de un poco de sol.

Numitor, Amulio y el testamento de Proca

Proca, el abuelo de Rea Silvia, había sido un buen rey. El duodécimo rey de Alba Longa, para ser exactos. El duodécimo desde que la ciudad había sido fundada cuatrocientos años antes por Ascanio, el hijo de Eneas.

Porque, finalmente, Eneas ganó la guerra contra los rútulos, mató en combate a Turno y se casó con Lavinia.

Sus hijos, Ascanio y Silvio, fundaron Alba Longa al sur, no muy lejos de donde una isla divide el Tíber y es más fácil atravesarlo. Durante cuatrocientos años, Alba fue la ciudad más poderosa e importante de todo el Lacio. A Ascanio le sucedió Silvio; a este, Latino Silvio; luego Alba el Grande, y así sucesivamente. De padre a hijo, la descendencia de Eneas reinó gobernando al pueblo de los latinos. Así hasta Proca, que había sido un buen rey. Bajo su reinado, Alba Longa alcanzó su máximo poder y prosperidad.

Proca tuvo dos hijos: el mayor era Numitor; el segundo, Amulio.

A la muerte de Proca, Numitor y Amulio pidieron a las vestales que sacaran el testamento del rey de la cella del templo de Vesta. En el testamento, Proca había escrito que sus hijos debían dividirse entre sí su reino y sus riquezas. Es decir,

uno tenía que tomar el reino y el otro las riquezas.

Amulio le preguntó a su hermano qué prefería, y Numitor contestó que prefería el reino, que no le interesaba el dinero, sino poder gobernar bien la ciudad, hacerla cada vez más próspera y feliz. Además, él era el hermano mayor, lo justo era que él fuera el rey. Amulio aceptó, y dijo que entonces él se quedaría las riquezas y que se marcharía a vivir por su cuenta a algún otro lugar.

Pero al cabo de un tiempo, Amulio volvió a Alba Longa. Con el dinero de su parte de la herencia pagó un ejército de mercenarios, y con su ayuda, se adueñó del trono e hizo que su hermano Numitor se exiliara.

Ahora era Amulio el nuevo rey de Alba Longa.

Como uno se puede imaginar, Amulio no fue un buen rey: lo único que le interesaba era mantener su poder y acrecentar sus riquezas. En realidad, no es difícil distinguir a los buenos gobernantes de los que no lo son. Los unos gobiernan para sus súbditos, para la ciudad; los otros lo hacen para ellos mismos, para aumentar su poder y sus riquezas. Amulio era así. Pero cuanta más riqueza acumulaba, más le asustaba la idea de poderla perder. Ahora, para él, ser el más rico de toda la ciudad y ser rey eran dos cosas que iban de la mano. Numitor, por ejemplo, cuando tuvo que elegir si quedarse con el trono o con las riquezas, no dudó en quedarse con el trono. Lo que de verdad le interesaba era poder gobernar la ciudad, hacer que fuera cada vez más hermosa, rica, próspera. No hay nada malo en querer ser ricos, o poderosos. Los problemas comienzan cuando se quiere ser las dos cosas a la vez. Con Amulio fue así: utilizó sus riquezas para tomar el poder, y ahora utilizaba el poder para acumular más riquezas.

Pero no se le ocurrió que ni el poder ni las riquezas son

eternos.

Por eso, cuando un adivino le vaticinó que uno de los hijos de Numitor tendría pronto hijos tan fuertes y sorprendentes como para poder restablecer la justicia en Alba Longa, Amulio empezó a preocuparse.

Un hermoso día soleado, Amulio convenció a Egesto, el hijo mayor de Numitor, para que fuera con él de caza. Egesto lo siguió, convencido de que su tío quería enseñarle los secretos de la caza en los bosques de los montes Albanos. O quizá pensara que Amulio estaba buscando una forma de reconciliarse con la familia de su hermano. O quizá Egesto no supiera nada, y simplemente siguiera a su tío en aquella batida de caza.

Cuando por la tarde Amulio volvió a la ciudad, el caballo de Egesto iba sin jinete.

—Ha sido un accidente —dijo Amulio, sin que pareciera sentirlo demasiado. Y menos aún parecía que quisiera justificar lo ocurrido: lisa y llanamente, su sobrino había muerto—. Uno de los siervos le ha golpeado por equivocación —explicó.

Nadie se atrevió a contradecir al rey.

Ni siquiera Numitor, cuando se enteró, dijo nada. Decidió no volver a Alba Longa para buscar venganza. Decidió no enfrentarse a su hermano. Al menos por el momento.

Se preocupó, eso sí, por su hija Silvia. Esperó que al menos a ella le perdonara la vida, rogó a los dioses que la protegieran. Ahora solo quedaba ella como heredera del legítimo rey de Alba. Ella no podría reinar, pero sus hijos sí. Y también podrían reivindicar el trono del abuelo y, por tanto,

echar a Amulio.

De alguna manera, las plegarias de Numitor fueron escuchadas. Amulio pensó que lo mejor sería nombrar a Rea Silvia sacerdotisa del templo de Vesta y custodia del hogar sagrado. De este modo, no podría tener hijos y ningún descendiente de Numitor iría nunca a exigirle el trono.

Pomona y Vertumno

Pues sí, si Rea Silvia hubiera podido elegir, en ese momento lo único que quería era dedicarse a Vesta, la gran virgen y diosa, protectora de los hogares y de la belleza de las casas. Lo que desde luego no quería por nada del mundo era tener que pensar en todas aquellas historias. En cómo su padre Numitor había tenido que exiliarse. En cómo su hermano Egesto había muerto durante una batida de caza. En cómo su tío Amulio gobernaba ahora la ciudad sin tener en cuenta a la gente normal, al pueblo. Era en todo esto en lo que Silvia precisamente no quería pensar. Si había una ventaja en vivir en el santuario de Vesta y en tener que dedicarse a la diosa, era que podía permitirse no pensar en el resto del mundo.

Rea Silvia salió al pomario, es decir, al jardín del santuario, y le vino a la mente Pomona. La diosa que, más que ninguna otra, se dedicaba a los jardines, a los frutales y a las plantas. A que dieran buenos frutos.

Cuando era pequeña, su abuelo Proca le había contado la historia de esta diosa:

—Silvia —le decía—, la vida es como las estaciones, después del invierno siempre llega la primavera. Es importante que lo sepas. Debes estar lista para aceptar los cambios. Y tienes que saber que todo está destinado a mudar: al mal le puede seguir el bien, al bien el mal.

A Pomona no le interesaban nada los placeres del amor. Se dedicaba al cuidado de su jardín y de su huerto de árboles frutales. Podaba, cuidaba, abonaba sus plantas. Y no aceptaba que nadie la cortejara.

Los sátiros y los faunos de los bosques, el dios Pan y el espíritu Silvano, cada uno de los dioses que habitaban los bosques y el campo, habían acabado enamorándose de Pomona. Entre otras cosas porque ella seguía sin querer entregarse. Y esto, ya se sabe, no hace más que aumentar el deseo en los hombres y en los dioses.

Pero, entre todos ellos, había uno que no estaba para nada dispuesto a aceptar rechazos: Vertumno.

Vertumno amaba a Pomona con una pasión profunda e insaciable.

Y si Pomona cuidaba y protegía los árboles frutales y los jardines, Vertumno era el dios de los cambios en la naturaleza. Gobernaba el otoño y la primavera, y era capaz de transformarse en cualquier cosa.

Por eso, siempre encontraba una nueva forma para colarse en el jardín de Pomona y poder mirarla a escondidas. Y disfrutar un poco de su belleza. Una vez, con una hoz en la mano, era un campesino. Otra, con una aguijada para los bueyes, era un pastor. Otra más, con una larga escalera, era un podador. Otra, un pescador que pasaba por allí por casualidad.

Pomona habitualmente lo ignoraba, cada vez más concentrada en sus plantas, en sus árboles.

Una mañana, Pomona vio llegar a su jardín a una vieja que se apoyaba en un bastón y que parecía tener ganas de quedarse

allí para darle consejos sobre la vida y sobre los hombres.

La verdad es que a Pomona le parecieron un poco raros todos esos besos y caricias que la vieja intentaba darle. Pero bueno, no dijo nada, y trató de buscar excusas para mantenerse un poco distante.

Luego la vieja empezó a hablarle de plantas. Y a mostrarle lo frecuente que era que la naturaleza impulse a emparejarse. Y le puso como ejemplo cómo incluso las plantas, a veces, se unen entre sí.

En efecto, allí a su lado, un viejo olmo había acabado envuelto por una planta de vid exuberante y llena de hojas.

—¿Ves —le dijo— cómo el olmo se enriquece con las frondas de la vid? Y la vid, sin el olmo, no habría logrado crecer tanto, obligada a estar tirada por el suelo.

Pomona cada vez se sentía más fascinada por los discursos de la vieja. Y quizá comenzara a sospechar algo.

—También tú —prosiguió la anciana— deberías aprender de estas plantas lo bueno que es estar en pareja en lugar de sola. Si quisieras, mi niña, tendrías más pretendientes de los que tuvo Helena antes de que, con sus amores, hiciera estallar la guerra de Troya.

Luego la miró de un modo cuando menos sospechoso, y añadió:

—Pero cuando te decidas, no deberás elegir un amante cualquiera. Si yo fuera hermosa y joven como tú, sin duda me entregaría a Vertumno, que lo sabe todo sobre los cambios y ama las estaciones. En el fondo, tenéis los mismos gustos, los mismos intereses. Os ocupáis de las mismas cosas. A él lo que más le gusta en este mundo son las plantas y los frutos. Y es gracias a él, y al cambio de las estaciones, por lo que los árboles crecen y los frutos maduran.

Sin saber por qué, mientras la anciana le hablaba, Pomona ya sentía en su interior que terminaría dándole la razón, que se enamoraría del joven dios al cual prodigaba tantos elogios.

Por eso, cuando aquella mujer perdió su apariencia y recuperó la de Vertumno, Pomona tampoco se extrañó tanto.

Y no se apartó cuando él se acercó para besarla.

Marte, el fuego y la guerra

Cuando Rea Silvia vio pasar al lobo, no sintió demasiado miedo. Al menos no tanto como las otras vestales que la habían acompañado a la fuente. Fueron a aquel bosque consagrado al dios Marte porque necesitaban agua para sus sacrificios. El agua del pozo no servía, ni la de cualquier cisterna; tenían que cogerla de una fuente de agua.

Por eso fueron juntas hasta el bosque, a las afueras de las murallas de Alba Longa, donde sabían que había un manantial. Era un hermoso día soleado, todo parecía normal y tranquilo. Las seis jóvenes vestales tomaron el sendero que las conducía a su destino.

De pronto, un enorme lobo negro se acercó con paso lento y decidido, cruzó el sendero cortándoles el camino y se detuvo un poco más adelante. Las tres muchachas se quedaron inmóviles, presas del pánico, rezando a los dioses que las perdonaran, pero sin lograr dar un paso para tratar de huir.

En cambio, Rea Silvia no se sintió en peligro, y miró al lobo a los ojos. Era como si supiera que el animal no le haría daño. Y que estaba allí por ella. En cierto sentido, se quedó fascinada. El lobo estuvo mirándola durante un buen rato, luego se giró lentamente y se marchó, desapareciendo en la espesura del bosque. Silvia incluso llegó a pensar que, quizá,

no fuera en verdad un lobo; le pareció notar la presencia de un dios. Pero no dijo nada a las demás.

Y siguieron caminando por el sendero en dirección al manantial.

Después el sol comenzó a oscurecerse, como si una enorme nube lo estuviera cubriendo. Lentamente se fue volviendo cada vez más negro.

—Es un eclipse —dijo la más anciana de las vestales—, la luna está en conjunción con el sol. Dentro de poco será como si fuera de noche. Quizá deberíamos regresar. —Y luego añadió—: Es un prodigio de los dioses. Como si estuviera a punto de ocurrir algo importante.

Y mientras retomaban el sendero para volver a la ciudad, empezó a llover a cántaros. Una tormenta de verano, repentina y descomunal; las vestales echaron a correr cada una en una dirección, en busca de cobijo. Ya no se veía nada.

A Rea Silvia le pareció ver una especie de gruta, un recoveco donde poder refugiarse. Tenía frío, su blanca túnica estaba completamente empapada.

Así que se guareció en la gruta. Y buscó un modo de calentarse un poco. Era extraño, pues allí dentro se notaba un fuerte olor a incienso que le nublaba la mente.

Fuera seguía lloviendo, y cada vez estaba más oscuro.

Después le pareció ver una sombra que se acercaba en dirección a la gruta. ¿El lobo había vuelto hasta allí a por ella? Entonces trató de esconderse, acurrucándose en el suelo. Ahora tenía miedo.

Notó cómo dos brazos la agarraban. Era una sombra, un demonio, un espectro: era tan bello y poderoso que no podía ser un hombre. A lo sumo, parecía un dios. Por eso ella no intentó oponer resistencia. Aquellos brazos eran fuertes y decididos. Por mucho que la asustaran, también le daban una gran seguridad. Como si le apeteciera dejarse llevar por aquel abrazo.

Después, el abrazo del demonio se volvió más duro y violento. Silvia trató de zafarse, pero este apretaba más fuerte, y ahora le hacía daño.

Hasta que, disolviendo el abrazo, la dejó.

A Silvia le pareció que fuera había dejado de llover. Entonces se tumbó en el suelo y cerró los ojos; tenía ganas de dormir, de no pensar en nada. Y la poderosa sombra la cubrió con su capa roja. Aunque no viera nada, le pareció que aquel demonio emanaba una gran dulzura. Esa especie de unión entre fuerza y ternura que ya había visto en los ojos del lobo.

Cuando Rea Silvia se despertó de nuevo, fuera volvía a brillar el sol y la tierra exhalaba humo, liberando la humedad de la tormenta. Rea Silvia se estiró, seguía teniendo encima la capa. Ahora había un fuego que la calentaba. Un hombre alto y fuerte, de perfil severo, atizaba las brasas con la punta de su espada.

Cuando se dio cuenta de que estaba despierta, la miró. Y en aquella mirada, dura y decidida, Rea Silvia volvió a ver los ojos del lobo. Y comprendió que estaba en presencia de un dios. Era Marte, dios de la guerra, de la juventud y de la primavera, jefe militar despiadado y apasionado amante, capaz al mismo tiempo de una gran fuerza y de una infinita generosidad. Entonces Silvia inclinó la cabeza.

—No temas, Rea Silvia —le dijo—, has sido amada por un

dios y no has perdido tu pureza. Cuando llegue el momento, darás a luz gemelos y estos vengarán a tu padre y le devolverán el reino que le ha sido usurpado. Serán dos niños de excepcional fuerza y belleza, y, como serán hijos de un dios, estarán destinados a una gran empresa.

A Rea Silvia le pareció notar cierta emoción en la voz del dios. Después Marte se levantó, recogió su yelmo, se giró lentamente y se marchó, desapareciendo entre la espesura del bosque.

Rea Silvia tenía miedo, era consciente de que el hecho de no haber respetado sus votos y haber conocido el amor de un hombre sería castigado muy severamente por el rey. No sabía qué hacer, a quién pedir ayuda. Cuando volvió al santuario, asustada y confundida, fue a la estatua de la diosa y se postró a sus pies, rogándole y pidiéndole ser perdonada.

Trataba de entender, de pensar en qué hacer. ¿Escapar? ¿Esconderse? ¿Contarle todo al rey? Pero cuanto más pensaba en ello, más confusa se sentía. Y se superponían las imágenes del Marte que en la batalla mata sin piedad a sus enemigos con las imágenes del dios que la había amado en el bosque. Con aquel que le había hablado con tanta firmeza, pero que la tranquilizó con tanta ternura.

Y rogó a Vesta, la diosa de la casa y de la familia, que la perdonara si le había faltado al respeto, que la protegiera y, sobre todo, que cuidara de los niños que iba a dar a luz.

Amulio el tirano

Era precisamente eso lo que quería evitar. Ahora Amulio, rey de Alba Longa, estaba furioso. El motivo por el cual había obligado a Rea Silvia a hacerse vestal era impedir que tuviera hijos. Y ahora ella esperaba un niño. No le quedaba otra solución que mandar que la mataran. Por otro lado, la ley era clara: las sacerdotisas de Vesta que hubieran perdido la pureza serían sepultadas vivas. «De este modo —pensó Amulio—, el problema se resolvería completamente».

Rea Silvia llevaba un tiempo declarándose enferma y pidió que sus padres fueran a visitarla. Amulio no se dejó engañar y mandó llamar a un médico.

Pero cuando el médico le dijo lo que había descubierto, Amulio se puso hecho una furia.

—¡Es imposible! —gritó—. No puede ser.

El médico trató de calmarlo, pero no había mucho que hacer ni que explicar. La realidad era que Rea Silvia esperaba un hijo.

Ahora que iba a nacer ese hijo de Rea Silvia, una vez que este creciera, podría echar a Amulio y pedir legítimamente ser coronado rey. Él era el auténtico heredero. Amulio estaba cada vez más convencido de que tenía que matar a Rea Silvia,

como tiempo antes había matado a su hermano Egesto.

Ordenó llamar al capitán de su guardia para que ejecutara la sentencia que acababa de emitir. Rea Silvia sería enterrada viva.

Pero en ese momento llegó Numitor, su hermano, pidiendo ser recibido.

Cuando Amulio lo mandó al exilio, quitándole el trono, Numitor decidió no oponerse. Aceptó la derrota y prefirió permanecer apartado. La verdad era que se había quedado bastante triste, pues nunca habría podido imaginar que su hermano lo pudiera engañar de ese modo. Primero llegar a un acuerdo, dividirse trono y riquezas, y luego aparecer allí por la fuerza y coger lo que no le pertenecía.

Numitor se quedó tan mal que no quiso tener nada que ver con su hermano, con la ciudad de Alba Longa y con el reino. Del mismo modo, cuando su hijo Egesto murió en aquel accidente de caza, Numitor sufrió muchísimo. No hay dolor que pueda compararse al de un padre que pierde un hijo. Y, precisamente por eso, Numitor permaneció donde estaba, lejos de Alba Longa, lejos del rey. Porque quería guardarse el dolor para sí. Ni siquiera pensó en vengarse de su hermano, ya que aquello no serviría para resucitar a su hijo.

Pero cuando Rea Silvia mandó que lo llamaran, Numitor corrió hasta ella.

Rea Silvia le contó a su padre la historia del bosque, del eclipse, de la lluvia y de la gruta. De cómo Marte había acudido a ella y lo que le había contado después. Numitor lo comprendió todo y entonces fue a hablar con su hermano Amulio, el rey.

—Es cierto, Silvia espera un niño —dijo Numitor, tratando de permanecer tranquilo.

—Y por eso debe morir —lo interrumpió Amulio, un poco fríamente.

—No, porque está embarazada de gemelos. Y son hijos de Marte.

Ahora Amulio calló, se quedó paralizado. Eso sí que no se lo esperaba. ¿Cómo podía Numitor saber que Silvia tendría gemelos?

—¿Sabes lo que eso significa? —insistió Numitor.

Amulio lo sabía. Porque si había sido un dios el que la había amado, si el padre del niño era realmente Marte, entonces Rea Silvia no podía ser castigada. No tenía la culpa.

Esto preocupaba todavía más a Amulio. Si realmente Silvia esperaba gemelos, y eran hijos de Marte, él tendría que defender su trono de sus dos jóvenes sobrinos, no solo de uno, y además, de los hijos de un dios.

Amulio tuvo que prometer que no mataría a Rea Silvia. Numitor había logrado salvarla. Pero quizá no salvara a sus sobrinos.

Amulio ordenó que Rea Silvia fuera encerrada en una cella hasta el parto. Si finalmente nacían gemelos, significaba que Silvia no había mentido y que en verdad eran hijos de Marte. En ese momento, Amulio decidiría qué hacer.

Cuando, en efecto, Rea Silvia dio a luz gemelos, Amulio se asustó: aquellos dos niños eran realmente hijos de Marte. Ahora, sobre todo, debía temer la fuerza y la voluntad del dios. Un dios que era tan despiadado con sus enemigos como generoso y amable con quien quería proteger.

Flora, la paz y la primavera

No es fácil entender por qué una pareja de esposos sigue unida. A veces, parece que a algunos lo único que los mantiene juntos son las peleas. Y Júpiter y Juno, más que cualquier otra pareja, parecía que solo eran capaces de quererse cuando se peleaban. O, al menos, es lo que aparentaban visto desde fuera.

Pero Juno nunca se sintió tan ofendida y humillada como cuando Júpiter concibió de su cabeza a Minerva. Es cierto, justo eso no debería haberlo hecho. En el fondo, Juno había aprendido a soportar que Júpiter tuviera mil amantes, o que se enamorara de cada muchacha y ninfa que veía. Ella seguía siendo la reina, era ella la madre de todos los dioses. Pero que Júpiter hubiera logrado tener una hija sin necesidad de una mujer iba contra todos los equilibrios del mundo. Y ella no podía permitirlo.

No obstante, a pesar de lo que Juno pensara, eso era precisamente lo que había ocurrido. Cuando Júpiter amó a Metis, que era la prudencia y la sabiduría, se asustó porque había una profecía que decía que los hijos de Metis serían más poderosos que su padre. Sabía, por tanto, que más que a sus otros hijos, debía temer a la hija que tendría con Metis. Pero si por una parte experimentaba cierto temor, por otra también se

sentía muy atraído, en cierto modo enamorado, de esa mujer que sería más hermosa y fuerte que él. Incluso comprendió que una forma de no temerla, de limitar la fuerza de esta hija suya, era convertirla en su predilecta. Así que decidió hacerle formar parte de su ser, apropiarse de ella completamente, y se tragó a Metis. Por eso Júpiter era el más equilibrado y atento de todos los dioses, porque se había tragado a Metis, que era la prudencia y la sabiduría. Y por eso había dado a luz a Minerva directamente de su cabeza, porque de ese modo no habría ninguna madre entre ellos. Su relación sería especial. La increíble inteligencia y fuerza de aquella diosa eran, en cierto modo, parte de él.

Cuando llegó el momento de dar a luz, a Júpiter le empezó a doler tremendamente la cabeza. Así que Mercurio mandó llamar a Vulcano, quien, de un hachazo, abrió por la mitad la frente de Júpiter, y de ahí salió Minerva con su coraza, su lanza y todo lo demás. Lista para dar guerra al mundo.

Juno no pudo soportarlo. Que hubiera una diosa tan próxima a Júpiter como para ser parte de él. Y que Júpiter pudiera tener una hija sin que hubiera una madre de por medio. Desde el punto de vista de Juno, y de su poder, era lo más peligroso que le podía suceder. El equilibrio que gobernaba el universo, el que existía entre machos y hembras, y por tanto entre ella y Júpiter, parecía haberse roto para siempre.

Juno comenzó a viajar por el mundo buscando la manera de restablecer aquel equilibrio. Tenía que demostrar que también ella podía prescindir de su esposo, debía encontrar el modo de tener un hijo sin necesidad de un dios. Pero no era algo tan sencillo.

Flora no estaba segura de entender muy bien a los hombres. De hecho, cuando Céfiro se le acercó para cortejarla, a ella no le causó buena impresión. Se asustó bastante. Luego empezaron a perseguirse, es decir, él la perseguía a ella. Y a Céfiro eso le beneficiaba, al ser el viento de primavera. Al final, a Flora le divirtió aquello de que la persiguieran, le pareció apasionante. Casi era como si hubieran empezado a sobrevolar, uno al lado del otro, todos los prados posibles con todas las flores posibles, llenos de abejas, de pájaros y de los más hermosos perfumes. Al final, Flora se dejó atrapar por Céfiro, que la amó con ternura y la convirtió en la diosa de la primavera.

Céfiro le dio también un jardín con todas las flores que podía haber en el mundo, y ahora Flora vivía en él: era feliz y ya no temía a los hombres. Le eran casi indiferentes, puesto que nunca se encontraba ninguno en su jardín. Simplemente porque los hombres no iban allí. Excepto Céfiro, que llegaba adonde ella estaba con tal ligereza que no parecía siquiera un hombre.

Todo esto para decir que, cuando Juno se presentó en el jardín de Flora, al principio esta no lograba entender cómo era posible que la madre de todos los dioses estuviera tan preocupada por aquella historia. Es decir, por el hecho de no conseguir tener un hijo sin que de por medio terciara un hombre, o un dios.

Juno estaba desesperada, y ni siquiera creía que Flora pudiera ofrecerle una solución.

—¿Es decir? —preguntó la madre de todos los dioses.

—Es decir, una flor. ¿Qué otra cosa, si no, hay en el mundo tan espléndidamente femenina? —respondió Flora.

—¿Una flor? —dijo Juno, que, a fuerza de buscar el modo

de prescindir de los hombres, casi se había olvidado de la feminidad.

—Una flor —repitió Flora, mostrándole una.

Naturalmente, era una flor mágica que crecía solo en una islita perdida de la Grecia oriental. Pero ya que en el jardín de Flora se encontraban todas las flores del mundo, también se hallaba aquella flor. Y bastaba con posarla en el vientre de una mujer para hacer que esta se quedara embarazada.

—¿En serio? —preguntó Juno, maravillada ante la posibilidad de tal prodigio.

—En serio. Lo probé yo misma con una novilla, que después parió un hermosísimo ternero.

Juno casi no se atrevía a creérselo. Por una vez, todo podía quedar zanjado entre mujeres gracias a una flor. Le pareció una compensación por toda la brutalidad y la violencia que desde siempre habían sufrido las mujeres. Una compensación que, por una vez, la belleza de una flor ofrecía a la grandeza y a la fertilidad de las féminas.

Flora sonrió y le levantó la túnica a Juno. La reina de los dioses tenía el vientre un poco redondo; a Flora le pareció muy bonito. Cogió la flor y la apoyó en la piel de Juno, y esta inmediatamente sintió que esperaba un niño. Son cosas que una mujer puede entender.

Cuando, mucho tiempo después, Flora vio a Marte aparecer por su jardín, inmediatamente supo de quién se trataba. Era un dios bellísimo, alto y fuerte. Le causaba un poco de impresión verlo allí, en su jardín. Es decir, pensar que era el dios de la guerra y que su ferocidad y su crueldad en la batalla eran enormes: eso se veía claramente. Y, aun así, allí, en

medio de las flores, se sentía totalmente a gusto. Mostraba una gran dulzura y jovialidad. Pero tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que era el dios nacido de una flor y de una diosa.

Flora pensó que, para ser precisos, Marte había nacido de una flor y de la rabia de una mujer. Le parecía justo que la unión de estas dos cosas pudiera llevar a la guerra, pero también a la primavera, a la belleza de la juventud, a la fuerza de saber entregarse, a la generosidad. Y que, en el fondo, la suma de todas estas cosas hiciera las paces.

Marte miró a Flora muy agradecido. Gracias a ella y a aquella flor Juno había podido dar a luz. Y eso lo sabía bien el dios. Y como era el más generoso de todo el Olimpo, fue a darle las gracias.

—Habrá dos niños. Gemelos. Serán fuertes, bellos y excepcionales. Serán mis hijos y serán criados por una loba y por un pájaro carpintero, animales que yo considero sagrados. Fundarán la ciudad más grande del mundo.

—No dudo de que así será —respondió Flora. Se sentía muy conmovida, porque se daba cuenta de lo emocionado y orgulloso que estaba Marte cuando decía aquello.

—Pues bien, los habitantes de esta ciudad te construirán un templo y cada año, a finales de marzo, antes de que las guerras comiencen, te ofrecerán los merecidos tributos y celebrarán tu grandeza, la de tu jardín y la de tus flores. —Qué emocionado parecía el despiadado Marte, dios de la guerra, el de los ojos de fuego—: Y entonces los jóvenes se amarán, y la vida continuará.

CUARTA PARTE

ROMA 753 A. C.

Fáustulo, el pastor

Fáustulo era uno de esos pastores que en mayo comen judías con queso de oveja, que saben hacer el requesón más rico del mundo y a los que les gusta salir por la mañana temprano, cuando el rocío todavía baña los campos. Además, no le interesaban demasiado las cuestiones políticas. Pero no por ello, cuando se encontró a los dos niños frente a la higuera debajo del Palatino, dejó de comprender que eran los hijos de Rea Silvia. La joven princesa de Alba Longa había sido encerrada por su tío Amulio, el rey, precisamente para impedirle que tuviera hijos. Es lo que había oído decir en la taberna. Fáustulo era un pastor y vivía apartado, casi nunca iba a la ciudad, pero pastoreaba los rebaños reales. Así que un día tuvo que ir a Alba Longa por unos corderos que tenía que llevar al rey. Antes de volver a casa, había hecho un alto en la taberna para beber un vaso de sidra. Y allí fue donde oyó la historia de los hijos de Rea Silvia.

Finalmente, la princesa había dado a luz gemelos, y eran increíblemente hermosos y vigorosos. Pero Amulio ordenó que fueran abandonados en el Tíber, en una cesta, a merced de la corriente. A la madre se le perdonaría la vida, ya que se había cumplido la profecía de Marte, es decir, el nacimiento de gemelos. Pero a los niños no. Los habitantes de Alba Longa lo

entendieron perfectamente: los niños no podían sobrevivir. Amulio no debía permitirlo, eran demasiado peligrosos para la estabilidad de su reino.

Francamente, Fáustulo no entendía demasiado bien aquello de la estabilidad del reino. Más bien, le daba la impresión de que la estabilidad que estaba en peligro era la de Amulio, la de su trono, y no la del reino entero. Le parecía que ciertos tiranos, cuando tienen miedo a perder su poder, se salen con excusas extrañas, como la estabilidad del reino, el bien común o la avidez de poder de los demás. Pero, en realidad, solo están hablando de ellos mismos.

La cuestión era que Fáustulo sabía perfectamente que él no estaba hecho para ese tipo de cosas. Él solo era un pastor. Y aunque Amulio no le pagara muy bien por pastorear sus ovejas, lo cierto era que nunca se habría enfrentado a él. Por eso, cuando terminó de beber la sidra, volvió con sus ovejas, en el Tíber, cerca del punto donde es más fácil cruzarlo porque una isla divide el agua en dos. Y dejó de pensar en todo ello: en Rea Silvia, en los gemelos, en Amulio, en aquellos asuntos del poder y de la estabilidad del reino.

Luego, a los pocos días, mientras sus ovejas pastaban bajo el Palatino, a Fáustulo le pareció escuchar el llanto de unos niños al otro lado del río. Dejó las ovejas y se puso a buscar para saber de dónde provenía aquel sonido. Y empezó a dar vueltas por el monte. En realidad, aquellos montes eran más bien colinas, eso sí, bastante altas. En cualquier caso, dio la vuelta al Palatino hasta llegar a la parte que da al río. Y allí todo era agua y barro.

En los últimos meses había llovido mucho, así que el río iba crecido y, en algunos puntos, se había desbordado. Luego siguieron días de sol y el agua se retiró un poco, aunque

seguía habiendo un pantano que llegaba hasta donde empieza la ladera del Palatino.

Y fue allí, frente al meandro que forma el río inmediatamente antes de la isla, donde Fáustulo encontró a los gemelos.

Había una vieja higuera que siempre había estado en aquel lugar. Esto Fáustulo lo sabía bien, porque en septiembre aquella planta daba unos higos realmente buenos. Jugosos y gordos, dulcísimos. El caso es que a los pies de la higuera había una cesta atascada. Y, un poco más allá, acostados en el suelo, en el barro, estaban los gemelos.

Hermosos. Eran realmente hermosos. Y no tenían aspecto de haber sufrido mucho por haber sido abandonados en el fango, a saber desde cuándo. Esos dos recién nacidos, además, debían de ser de constitución fuerte. Pero no fue eso lo que impresionó a Fáustulo. Ni la belleza ni la fuerza de los dos niños.

Lo que realmente le impresionó fue que, al lado de los gemelos, había una loba. Se veía que acababa de tener cachorros porque sus mamas estaban llenas de leche. Y justo ahí, delante de sus ojos, la loba se levantó, se acercó a los niños y comenzó a lamerlos. Luego se tumbó y dejó que los dos se engancharan a sus mamas.

Encima de la higuera había también un pájaro carpintero, rojo. Estaba ahí, observando la escena. Y cuando la loba terminó de amamantar a los niños, el pájaro carpintero cogió algo de su nido y, volando rápido, se lo llevó al primero de los dos. Le dio un golpecito con el pico en la boca y este la abrió, haciendo caer dentro un poco de comida. El pájaro carpintero los estaba embocando, les estaba dando de comer. Luego alzó de nuevo el vuelo y, llegando al nido, cogió más comida. Esta

vez volvió a bajar para alimentar al segundo niño.

Fáustulo no podía dejar de mirar aquella escena; entendió que estaba asistiendo a algo extraordinario. Que aquellos niños no eran normales, sino hijos de un dios. Y Fáustulo sabía perfectamente que la loba y el pájaro carpintero eran los dos animales preferidos de Marte.

No se lo pensó dos veces. Fáustulo era uno de esos pastores que, mientras llevan a sus ovejas por el campo, prueban todas las hierbas que encuentran a su paso y aprenden las que se pueden comer, quizá primero cociéndolas y después con un poco de aceite, a fuego lento. Estaba acostumbrado a las cosas sencillas.

Y aun así entendió que aquellos eran los dos hijos de Rea Silvia, y que en verdad la princesa había sido amada por Marte en el bosque. También porque Marte le había dicho que nacerían gemelos, excepcionales hijos de un dios. Que fundarían una gran ciudad, y que antes incluso liberarían a su madre prisionera y devolverían el trono de Alba Longa a Numitor. Por eso Amulio temía tanto a esos dos niños. Porque harían justicia.

Fáustulo también comprendió que Amulio había ordenado a sus siervos que metieran a los niños en una cesta, que los llevaran hasta el Tíber y que los dejaran a merced de la corriente. Y quizá los siervos de Amulio llegaron hasta el Tíber, pero el agua se desbordó y por eso había fango por todas partes. Y así, sin conseguir llegar donde el agua corría veloz, los siervos dejaron la cesta con los gemelos un poco más cerca de la orilla. De ese modo, la cesta, en lugar de acabar en mitad de la corriente, se quedó allí y acabó atascada entre las raíces de la higuera. Luego el agua se retiró y la loba encontró llorando a los gemelos, dentro de la cesta, bajo la higuera. Y se ocupó de ellos.

Fáustulo pensó también que los gemelos no podían seguir

siendo alimentados por una loba y un pájaro carpintero. Así que decidió llevárselos.

Ahora el problema era hacerlo de manera que la loba no se ofendiera, que no se lo tomara mal. Quizá hubiera empezado a considerar a los gemelos como sus cachorros… Se acercó muy lentamente, un poco asustado.

Pero la loba no hizo nada y, comprendiendo que él se iba a ocupar de los niños, dejó que se acercara. Fáustulo cogió su capa y envolvió con ella a los dos pequeños, que parecían tranquilos. La loba se quedó un rato más, y luego se alejó lentamente, como para no molestar a los dos niños, que ahora dormían en brazos del pastor.

Fáustulo se llevó consigo a los gemelos, mientras el pájaro carpintero lo observaba desde la higuera y la loba iba a refugiarse a una gruta, un poco más arriba. La misma donde Evandro, mucho tiempo antes, sacrificaba las cabras a Fauno, el dios de los bosques.

Rómulo y Remo

—Remo, ¿dónde vas? ¡Llama a tu hermano! ¡Volved aquí! ¡No habéis comido nada!

Los gemelos ya habían crecido y cada mañana Fáustulo los veía salir corriendo sin haberse terminado la leche. Y luego volvía a verlos por la tarde, cuando regresaban sucios y hambrientos como lobos o cerdos, es decir, hambrientos como lobos y sucios como cerdos.

Porque, aunque él estuviera acostumbrado a la vida de campo, esos dos chicos parecían dos salvajes.

Después de quitarle los gemelos a la loba, Fáustulo se los llevó a su casa, que no era más que una cabaña. Su mujer, Aca Larentia, se sintió feliz de tener unos niños suyos a los que poder criar. Ni siquiera le preguntó de dónde habían salido. Fáustulo se alegró al ver que así podría sentirse un poco madre; era como si recibiera una recompensa por parte de los dioses. De joven, Aca Larentia había sido prostituta, luego conoció a Fáustulo e inició una vida normal, convirtiéndose en una buena esposa. Sin embargo, no habían conseguido tener hijos. Por eso, cuando Aca Larentia vio llegar a su marido con los gemelos en brazos, se sintió conmovida y rogó a Juno que la ayudase a criar a aquellos niños de la mejor manera posible. Y Juno la ayudó. Los gemelos crecieron fuertes y sanos. Y

decidieron llamarlos Rómulo y Remo.

Cuanto más crecían, más hermosos se volvían. Aunque para los padres sus hijos siempre son los más guapos, Fáustulo sabía perfectamente que aquellos no eran hijos suyos. Y también sabía por qué eran tan guapos y fuertes. Por eso, cuando se hicieron mayores, decidió mandarlos a Caere, una gran ciudad costera, al norte, para que estudiaran con un tutor etrusco. Quería que estuvieran listos también de espíritu para afrontar su empresa. Cierto es que a los gemelos no les sentó demasiado bien aquello de tener que ir a estudiar a la ciudad. Sobre todo a Remo, que de los dos era el más alocado. A pesar de ello, algo sí que consiguió enseñarles el tutor.

Rómulo y Remo se habían criado básicamente pasando todo el día fuera, junto a otros chicos, los hijos de los pastores que vivían por aquella zona, es decir, en el Palatino, el Aventino o el Capitolio. Se veía que los dos gemelos estaban destinados al mando, porque desde pequeños habían organizado distintas bandas. Remo era el cabecilla de la banda de los fabios, y Rómulo, de la de los quintilios. Se pasaban el día jugando a competir o a guerrear. Y así, se hicieron mayores, y comenzaron a organizar competiciones de verdad y batallas de verdad.

En aquella gruta bajo el Palatino, donde se refugió la loba, se seguían ofreciendo cada año sacrificios al dios Fauno. Desde tiempos de Evandro, se celebraban esos ritos ancestrales. Se mataba una cabra, se ofrecían sus vísceras al dios y el resto se lo comían todos juntos.

Un año, los gemelos organizaron con sus bandas una competición. El primero de los dos que, saliendo de la gruta, diera la vuelta entera corriendo al Palatino, tendría derecho a comer el primer bocado de la cabra. Remo correría hacia la izquierda, y Rómulo, hacia la derecha. Para correr mejor, se desnudaron. Parecían realmente sátiros del bosque.

Rómulo no tuvo mucho que hacer, su hermano era bastante más rápido que él. Remo llegó primero y se adjudicó el mejor bocado; demostró ser mucho más rápido, ganando inmediatamente tal ventaja que, mientras corría, un par de veces se acercó incluso con un ramo de mirto a unas jóvenes y les dio un azote en el culo. Al ver aquella escena, todo el mundo pensó que aquel gesto sería un buen augurio.

En cualquier caso, al final ganó Remo y la banda de los fabios lo celebró a lo grande. Incluso Rómulo se sintió feliz de admitir la victoria de su hermano; estaba muy orgulloso de su fuerza y de su agilidad.

Sin embargo, siendo ya mayores, Rómulo y Remo no se conformaban con competiciones y juegos. Se les reconocía como jefes por su sentido de la justicia, y porque comenzaron a defender a aquellas gentes y aquellos parajes como si realmente pertenecieran a una comunidad. Por eso, a menudo acabaron junto a sus bandas peleando contra saqueadores, pastores o contra los superintendentes del rey, que llegaban allí pensando que podían mandar en aquellas tierras como si fueran suyas. Muchos pastores, y muchos vaqueros, trataban de llevar sus animales a aquellos pastos. Las tierras cercanas al Tíber eran muy fértiles debido a las crecidas del río. Las ovejas que pastaban allí daban una leche que proporcionaba después un queso excelente y un requesón exquisito. Lo mismo ocurría con las vacas. Y los pastores siempre se acercaban a ocupar

esos pastos, y lo hacían valiéndose de la ley del más fuerte. Y así fue hasta que Rómulo y Remo empezaron a defender la que consideraban su tierra.

Sucedió que unos vaqueros de Numitor se llevaron los animales de unos pastores. Y de esta forma estalló una disputa, es decir, una auténtica y genuina batalla que solo terminó cuando Rómulo y Remo llegaron con sus bandas. Después de obligarlos a todos a alcanzar una tregua, echaron a los ladrones y se quedaron con las vacas que habían sido robadas. Numitor no se sentía contento, pero eso a Rómulo y Remo les daba igual. Su actitud era arrogante e intrépida.

Efectivamente, a Numitor no le había gustado que dos jóvenes pastores le robaran. Por eso, volvió a enviar a sus vaqueros; sin embargo, esta vez Rómulo no estaba. Atraparon a Remo mientras entrenaba solo bajo el Aventino. Eran muchos, lo capturaron a la fuerza y lo llevaron a Alba Longa.

Rómulo fue a ver a Fáustulo para contarle cómo Remo había sido capturado.

—Ven aquí, hijo —le dijo Fáustulo, que más que enfadado parecía resignado—. Tengo que contarte una historia.

—Padre, Remo ha sido capturado. Tengo que liberarlo, ahora no tengo tiempo para historias.

—Escúchame —le insistió—. Debo contarte algo muy importante, luego ya irás a liberar a tu hermano. Pero ha llegado el momento de que lo sepas.

Rómulo se impacientaba, sabía que su hermano estaba en peligro y que no había tiempo que perder. Pero el tono de su padre era tan decidido y serio que dejó que continuara.

Y así Fáustulo le contó a Rómulo la historia de Rea Silvia y

de Amulio, de Marte, de la loba y del pájaro carpintero. Y así Rómulo se enteró de la verdad. De quién era hijo y por qué en su interior sentía una extraña fuerza que lo empujaba hacia la empresa que debía llevar a cabo.

La conquista de Alba Longa

Desde que se enteró de que él y Remo eran hijos de Marte y de la princesa Rea Silvia, a Rómulo le parecía todo mucho más claro. Entendió para qué le habían servido todos aquellos años en los que habían jugado a luchar, en los que habían capitaneado las bandas del Palatino y del Aventino.

Comprendió por qué él y Remo estaban tan unidos a los más jóvenes y fuertes entre los habitantes de las colinas. Cada cual venía de un pueblo diferente y lejano. En su mayoría eran inadaptados y vagabundos procedentes de todas partes. Entre ellos se mostraban distantes y desconfiados, como lo son las gentes que pertenecen a pueblos enemigos. En efecto, los marginados, los perdidos y los exiliados griegos acabaron allí junto a los troyanos. Y los latinos junto a los sículos. Los pastores, las meretrices, los esclavos fugitivos de Alba Longa junto a los que habían escapado de Caere. Cada uno de ellos había llegado en busca de un lugar donde hallar paz, sin llamar demasiado la atención. Y habían acabado allí, frente al punto donde una isla divide en dos el agua del río.

Y Rómulo comprendió por qué aquellos desheredados y fugitivos los habían acogido a él y a Remo como a sus jefes. Porque él y Remo pensaron en ellos como un único pueblo. Una nueva población. La premisa para la fundación de una nueva ciudad.

Y por eso, después de que su padre Fáustulo le contara toda

la historia, de qué dios y de qué princesa habían nacido, Rómulo entendió a qué empresa habían sido destinados Remo y él desde pequeños: la de fundar una nueva ciudad.

La más grande del mundo.

Y mientras corría hacia Alba Longa para liberar a su hermano, junto a todos los fabios y los quintilios, Rómulo no paraba de pensar en cómo harían para luchar contra los hombres de Amulio. Y se encontró rogando a Marte, dios de la guerra y despiadado en combate, que lo protegiera. Pero ahora sabía que le estaba rezando a su padre.

Remo, en cambio, presa de la rabia y de la furia, como solía ocurrirle demasiado a menudo en los últimos tiempos, no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

No entendía por qué Amulio se había mostrado tan desinteresado a la hora de juzgarlo, ese desinterés en su forma de administrar justicia en la ciudad. Ni comprendía lo que sentía Numitor después de que Amulio diera la orden de ejecutar la sentencia.

En efecto, Numitor llevó a Remo ante Amulio para que lo procesara. Él era el rey, era a él a quien le correspondía juzgar a los ladrones y a los criminales. Pero Amulio, como de costumbre, pensó que lo más sencillo era condenar a Remo a muerte. Y ordenó que fuera Numitor el que ejecutara la sentencia. Al fin y al cabo, eran sus vacas las que había robado.

Y eso fue bueno. Porque por mucho que Numitor dejara que sus vaqueros fueran por los valles del Tíber saqueando las

bestias de otros, no era de los que mataban por matar.

Por eso, cuando se encontró con que tenía que ejecutar la sentencia, empezó a darle vueltas. Y quizá lo pensara demasiado. Aunque Remo no entendiera bien lo que estaba pasando y no estuviera muy familiarizado con las cosas de la política, aquella actitud suya tan orgullosa y guerrera probablemente le salvó la vida.

Y es que, mientras Numitor titubeaba y perdía el tiempo, sin decidirse a ordenar matar al prisionero, Remo seguía allí quieto en medio de la sala: impasible, con aspecto colérico y desafiante. Estaba convencido de que tenía razón. Y se sentía dispuesto a dejar que lo mataran con tal de no agachar la cabeza frente a nadie, y mucho menos frente a Numitor. Remo habría podido convencer perfectamente a Numitor para que lo dejara marcharse. En cambio, se quedó callado, mirándolo con orgullo.

Pero en toda aquella rabia y ferocidad, en aquella impávida fuerza, Numitor reconoció al dios que había amado a su hija Rea Silvia y con el cual ella había tenido gemelos. Numitor, viendo en los ojos de Remo la mirada orgullosa y feroz de Marte, comprendió que era su nieto. Por eso le preguntó quién era, de dónde venía y si tenía un hermano.

Amulio era tan fuerte y poderoso, y estaba tan seguro de sí mismo que no se había dado cuenta de quién era aquel hombre.

Cuando vio llegar al salón del trono a los dos jóvenes pastores, ni siquiera los reconoció: uno de ellos era el mismo que Numitor había llevado a juicio el día anterior. En efecto, mirándolo bien, se parecía a él. Pero ¿cómo es que Numitor no lo había matado? Al fijarse mejor, le parecieron iguales: era el mismo que el del día anterior, pero por duplicado. Le costó un poco darse cuenta de quiénes eran y de lo que estaba sucediendo.

Entonces uno de ellos preguntó:

—¿Dónde está nuestra madre?

En ese momento, aunque supiera perfectamente quiénes eran, Amulio hizo como si nada, como si aquello no tuviera que ver con él.

—No sé de qué me hablas —dijo.

Pero aquello fue una equivocación.

No había terminado siquiera de decirlo, cuando el segundo de ellos lanzó su espada desde el centro de la sala. La espada le alcanzó en el muslo derecho y él cayó al suelo gritando. Pero más que por el dolor, era por la consternación que le producía la arrogancia de aquellos dos muchachos.

¿Quién era tan inconsciente como para ir a palacio y atacar al rey de Alba Longa frente a la guardia real?

Sin embargo, la guardia real se quedó tan atónita como el rey. Y ninguno de los soldados intervino.

Entonces, aquel de los dos que había hablado primero se acercó hasta él. Se agachó y le dijo con un tono de voz calmo y determinado:

—Mi hermano te acaba de preguntar dónde está nuestra madre…

Y sin esperar respuesta alguna, sacó de un solo tirón la espada del muslo de Amulio. El rey soltó un grito espeluznante y un chorro de sangre empezó a salir de su muslo.

Rómulo alzó la espada de su hermano Remo y, sin pensárselo dos veces, le cortó la cabeza al rey.

Roma

Cuando, desde el Aventino, Remo vio seis buitres que venían volando hacia él por la izquierda, tuvo claro que había ganado. Aunque lo de avistar el vuelo de un buitre que viene desde la izquierda no fuera exactamente un buen auspicio. Pero Remo estaba igualmente convencido de que Rómulo no habría podido ver ni siquiera un buitre. Y que, en cualquier caso, él había visto los pájaros primero.

Remo era así, razonaba con el mismo instinto con que luchaba. Y eso hacía de él un excelente jefe militar, un gran soldado, pero no un buen político. En cualquier caso, vio seis buitres volar sobre el Aventino, provenientes del oeste. Esto, en cierto modo, quería decir que los dioses estaban con él, que eran favorables a que fuera él el fundador de la nueva ciudad. La construiría hacia el sur, en dirección al mar. Y la llamaría Remoria.

Finalmente, los gemelos lograron vencer a Amulio, el rey de Alba Longa. Después de que Remo fuera raptado, Rómulo reunió un ejército. Agrupó a sus hombres en manípulos de cien, comandados por un centurión. Salieron del Palatino y llegaron al ataque de Alba siguiendo los estandartes que sostenían los centuriones.

Al mismo tiempo, Numitor salvó a Remo y este comenzó a

incitar a los hombres de Alba para que se rebelaran contra la tiranía de Amulio. De ese modo, uniéndose después con los manípulos de Rómulo, se lanzaron todos juntos al ataque del palacio del rey. La guardia de Amulio no pudo hacer mucho. Al poco, los gemelos llegaron al salón del trono y lo mataron. Luego bajaron a las mazmorras y liberaron a Rea Silvia, su madre.

Llegados a ese punto, todo el mundo esperaba que fueran elegidos como los nuevos reyes de Alba Longa. En cambio, Rómulo y Remo repusieron a Numitor en el trono y le pidieron permiso para poder fundar su propia ciudad, junto a la isla del Tíber. Numitor accedió, y les dio oro y ganado para poder iniciar una nueva vida.

Sin embargo, cuando tuvieron que decidir cuál de los dos sería el fundador, qué nombre dar a la ciudad y dónde fundarla, Rómulo y Remo determinaron que la solución la obtendrían de los auspicios. Es decir, observarían el vuelo de los pájaros, y aquel de los dos al cual los pájaros fueran más favorables sería el fundador.

Entonces Rómulo se subió a la cima del Palatino, y Remo, a la cima del Aventino, escrutando atentamente el cielo. A la espera de que pasaran buitres.

Ahora bien, ver buitres no es algo precisamente fácil, ni ahora ni entonces. Y quizá fuera precisamente por ello por lo que esos pájaros tenían el poder de dar los auspicios. Así, después de ver seis, Remo quedó convencido de que podía dar por zanjado el tema. Fundaría Remoria un poco más al sur del Aventino.

Más tarde, vio que Rómulo se le acercaba sonriendo, y

también entonces fue demasiado instintivo y muy poco político.

—Seis —le dijo de inmediato—. He visto seis desplazándose del Janículo hacia el sur.

Remo estaba emocionado como un niño. Se imaginaba ya el trono, el reino, el tesoro del rey, el ejército a su mando.

Rómulo, en cambio, parecía tranquilo, incluso demasiado tranquilo.

Había llegado hasta allí, desde la colina de enfrente, con paso decidido, pero sin correr. Y parecía que ni siquiera hubiera oído lo que acababa de decirle su hermano. Se agachó al suelo y con un palito dibujó en la tierra una especie de mapa. En ella aparecía el Tíber con sus meandros y la isla; después, el Palatino y detrás, el Capitolio; enfrente, el Aventino y, más allá del río, el Janículo. Luego Rómulo trazó con una línea la dirección en la que habían volado los doce buitres que él decía haber visto. Habían pasado hacía poco, provenientes de la derecha, desde el Esquilino, dirigiéndose hacia el Palatino. Luego se detuvieron sobre la *subura,* un poco antes del Capitolio.

—Estás mintiendo —dijo Remo—; lo dices solo porque yo he visto seis, y antes que tú. Tú no has visto absolutamente nada.

Rómulo se lo quedó mirando como si fuera imposible poner en duda su palabra, y simplemente repitió:

—Doce.

Después, apuntó con su palito al mapa, allí donde estaba el Palatino, y trazó un cuadrado que rodeaba la colina.

—Aquí estará nuestra ciudad —dijo—, sus murallas serán cuadradas, sagradas e inviolables. Nadie podrá traspasar estas murallas armado.

Remo se quedó mirándolo, admirado por tanta seguridad. Rómulo ya había pensado en las leyes, en las murallas, en su

forma, en el tipo de ciudad. Remo tuvo la sensación de que su hermano era mucho más decidido y lúcido. Había pensado ya en el futuro, ya podía ver cómo sería aquella ciudad. Tenía las ideas muy claras sobre cómo gobernar a sus ciudadanos, que, por ahora, eran en su mayoría unos bribones. ¿Acaso no servía para eso la ley que acababa de decir, la de no poder entrar armados en la ciudad?

En cualquier caso, Remo permaneció callado. A pesar de que siguiera pensando que Rómulo ni siquiera había visto pájaros y que le estaba engañando, Remo no dijo nada más.

Pero no se rendiría tan fácilmente. Quizá Rómulo tuviera razón y fuera así como se fundan las ciudades, con la seguridad de quien crea por sí solo los buenos auspicios, de quien piensa en las leyes y en cómo hacer que estas se respeten. Y quizá fuera verdad que él era un soldado, no un político. Pero, precisamente por eso, no le otorgaría tan fácilmente la victoria a su hermano.

Rómulo todavía no había despegado su palo del suelo polvoriento, cuando un grupo de doce buitres apareció por encima del Palatino, desde la derecha. Daban vueltas en círculos, primero ocho, luego otros cuatro.

En ese momento, Rómulo le dijo a su hermano:

—Fundaremos aquí nuestra ciudad. Sobre el Palatino. Se llamará Roma y será la ciudad más grande del mundo.

El pomerio

Era un día de primavera y el cielo tenía una luz maravillosa. Rómulo, que había hecho que los sacerdotes etruscos le enseñaran los ritos, cavó una fosa redonda en el centro de la que sería la ciudad más grande del mundo. Y pidió a todos aquellos que quisieran convertirse en ciudadanos que echaran dentro las mejores cosas que se les pasaran por la cabeza. Era una forma de asegurarse un futuro de paz, grandeza y prosperidad. De este modo, la gente, los futuros ciudadanos de Roma, empezó a lanzar a la fosa todo tipo de objetos y animales. Un cabrito, achicorias recién cortadas, queso de cabra, la cola de una vaca, los sesos de una oveja o el intestino de un buey; también esas alcachofas tan buenas que crecen solo en un lugar, una especia de salsa hecha con trocitos de carrillera de cerdo, pimienta y queso de oveja, una verdura cruda y verde cuyas puntitas se rizan con el cuchillo. Alguien lanzó a la fosa monedas que, quizá, provinieran del tesoro de Troya; algún otro, las insignias griegas de la Arcadia de Evandro; después, lanzaron ramas de olivo de la sabina, un vaso de vino blanco de las colinas que rodean el lago Albano, un vaso etrusco, vino etrusco y un trozo del cuerno de una vaca blanca… Cosas de ese tipo.

Luego, Rómulo pidió a cada uno que lanzara a la fosa un poco de tierra de sus lugares de origen. Y así la tierra griega se mezcló con la etrusca, la de Troya con la de Alba, y con la

tierra de los sículos, y con la tierra de los latinos.

Por último, Rómulo lo cubrió todo y lo mezcló con la tierra de Roma.

Pues sí, aquella fosa era el mundo, era el centro más sagrado y puro de todo el universo. La ciudad comenzaba ahí. Y ahora, en torno a ese punto, se trazarían las murallas de la nueva urbe.

Pero antes de hacer esto, Rómulo había cogido una vaca blanca y la había sacrificado a los dioses como lo haría un sacerdote etrusco. Luego cogió un cerdo de Alba y lo mató siguiendo el rito de los albanos. Y, por último, agarró un toro imponente y lo sacrificó como habría hecho el griego Evandro, al cual le había enseñado Hércules muchísimo tiempo antes.

En ese momento, Rómulo enyugó un buey y una vaca al arado. Encima del arado puso una reja de bronce, porque el confín de Roma tenía que estar marcado con una punta de bronce, y no con hierro. Luego, apretando con el pie el arado y guiando a la vaca y al buey, Rómulo empezó a trazar el surco donde tendrían que ir las murallas. Mientras Rómulo trazaba el surco, los demás cogían los terrones que caían fuera y los lanzaban dentro de lo trazado. Porque la tierra de Roma debía permanecer dentro de la ciudad. En tres puntos el trazado del arado fue interrumpido para dejar espacio a las puertas de la ciudad. Porque las murallas que irían sobre aquel trazado serían sagradas e inviolables. Y las puertas no podían serlo si la gente tenía que traspasarlas.

Después Rómulo trazó un segundo surco que corría en paralelo al primero. Y llamó pomerio al espacio que había entre los dos surcos. Aquel era el lugar más sagrado y puro de

la ciudad, donde se erguirían las murallas de Roma. Hablaba de ellas como si ya estuvieran allí, altas y poderosas, como si las tuviera delante de sus propios ojos. Dijo que el pomerio era sagrado, que no era posible cruzarlo armados, que los ejércitos deberían permanecer fuera de aquellas murallas.

Tener un hermano no es como tener un hermano gemelo. Es decir, es lo mismo, pero un hermano gemelo es también algo más. Como Apolo y Diana, como Elena y Clitemnestra, los gemelos son al mismo tiempo iguales y opuestos. El sol y la luna, la luz y la sombra, la belleza y la insensibilidad. Por eso, en cierto modo, lo que tiene uno no lo tiene el otro, y viceversa. Cada gemelo estaba unido al destino del otro. Así, el bien y el mal, la vida y la muerte pueden también coincidir. Están presentes en ambos sin que, a veces, sea posible hacer distinción alguna.

De alguna manera, era como si Rómulo y Remo hubieran sido el origen del mundo, aquel caos donde todo se había mezclado y donde no era posible distinguir lo que era justo de lo que estaba equivocado.

Pero luego, en un momento determinado, es necesario que la historia tenga un comienzo. Es necesario poner orden en el caos y que comience una distinción. No podía ser que dos gemelos fueran al mismo tiempo buenos y malos, justos e injustos.

Y esto Rómulo y Remo lo sabían. Sabían desde el principio que, si uno de los dos había trazado las murallas de la ciudad diciendo que eran inviolables, el otro tendría que violarlas. Y, por tanto, morir. Porque era necesario distinguir y, por tanto, comprender qué era el bien y qué era el mal. Y que a los ciudadanos y a ellos mismos les quedara claro lo que era la ley.

Porque la ley no puede ser violada, ni siquiera por sus fundadores. Ni siquiera quien la ha decidido y pensado, o

escrito, puede violar la ley sin ser, por ello, juzgado.

Quizá por eso Remo empezó a tomarle el pelo a su hermano, mientras este trazaba el surco con el arado. Se burlaba como si todo lo que estuviera haciendo fuera ridículo. La fosa, los sacrificios, el surco y las murallas, como si nada tuviera sentido. Porque sabía que tenía que ser él mismo el primero que infringiera la ley. Porque quien infringía la ley debía morir, aunque fuera el mismo que la había establecido. El mismo, es decir, su hermano.

Quizá fuera por eso por lo que Rómulo no le hizo caso y siguió trazando las murallas de la ciudad. Y, de este modo también, marcando las leyes de Roma; es decir, lo que podía y no podía hacerse. Quizá supiera que más tarde alguien transgrediría esa prohibición y, por eso, moriría. Y que lo más justo, para que la ley se convirtiera en algo realmente sagrado, era que fuera él mismo el que la infringiera primero. Él mismo, es decir, su hermano.

Para Rómulo y Remo, aquella era la mayor de las empresas. El fundador de la ciudad, el mismo que trazaba las murallas, debería violarlas. Y, por ello, morir.

Ellos dos, que en el fondo de su corazón eran lo mismo, aunque uno fuera lo opuesto que el otro, estaban a punto de ser divididos para siempre.

Por eso, cuando Remo miró a los ojos a su hermano Rómulo, entendió perfectamente lo que estaba sucediendo. Y el corazón empezó a latirle fuerte en el pecho.

Ahora podía dar comienzo la historia.

—¿Ves? —dijo Remo con una extraña tranquilidad—, puedo traspasar este surco perfectamente…

Pero aquella no era la típica pelea entre hermanos, no era un juego ni una competición. En aquel desafío había algo de sagrado y de inevitable. Y esto lo sabían muy bien los dos. Remo tenía su espada en la mano y, mirando a los ojos a su hermano, entró en el espacio que había entre los dos surcos donde irían las murallas. Lo miró con aire desafiante. Y Rómulo respondió con igual mirada, con una mirada que decía que no permitiría ninguna excepción a la ley. Pero mientras se miraban, los dos hermanos se decían también todo lo mejor. Lo unidos que estaban el uno al otro. Era como si, por última vez, se contasen toda su historia juntos, desde que el Tíber los llevó hasta allí en una cesta. Volvieron a ver toda su vida en un segundo. Después, aquel instante terminó y Remo bajó la mirada.

—¿Ves? —repitió—, puedo traspasar perfectamente este surco… y no pasa nada.

Rómulo enterró a su hermano Remo dentro de las murallas de la nueva ciudad. Porque al ser un recinto amurallado sagrado, en el interior del pomerio podían ser enterradas solo las cosas más puras. Y su hermano Remo se encontraba entre ellas.

Con una gran tristeza en el corazón, Rómulo enterró a su hermano, sabiendo que a partir de aquel momento el universo comenzaría a tener un nuevo orden.

En aquel momento dio comienzo la historia.

Júpiter en el Capitolio

Júpiter es el sol, el rayo, la luz y la lluvia, la tormenta y el granizo, el polvo, la arena y la sequía. Júpiter es la luz maravillosa que al atardecer da color al cielo de la ciudad.

Júpiter, generador de pueblos, el equilibrio y la fuerza, el juicio y la sabiduría, siempre ha estado, estaba antes y estará también después. Y por muy eterna que pueda ser la ciudad, Júpiter lo es todavía más.

El padre de todos los dioses, desde siempre, miraba a Roma con gran atención. Porque sabía que se convertiría en la ciudad más grande del mundo.

Y cuando Rómulo y Remo ni siquiera habían nacido, y Rea Silvia no se había perdido aún en el bosque con Marte, y Amulio no había usurpado el trono de Alba Longa, y Ascanio todavía no había fundado aquella nueva ciudad bajo el lago Albano, y Eneas no había luchado contra Turno, y todavía no se había aliado con Latino, ni se había casado con Lavinia, y cuando Evandro todavía no había ido desde la Arcadia a las orillas del río Tíber donde hay una isla que divide el agua en dos, ni Troya había sido destruida, y Eneas aún no había iniciado su viaje, y Anquises no había pasado una noche de pasión con Afrodita; cuando todavía nada de todo esto había ocurrido, ya existía en el Capitolio, desde hacía tiempo, un

enorme roble.

Y los pastores que llegaban a aquellas tierras sabían que aquel roble era Júpiter. Que el más grande de todos los dioses los protegería, si ellos le ofrecían sus correspondientes tributos bajo aquel árbol.

Por eso, cuando Rómulo fue en procesión hacia el Capitolio, con un carro hecho a propósito para llevar en triunfo los restos de los reyes enemigos derrotados, Júpiter comprendió que podía sentirse satisfecho.

Los romanos se estaban convirtiendo en un gran pueblo, y esto Júpiter lo sabía. Y cuando vio que Rómulo, su rey, tenía la intención de celebrar su victoria ofreciéndole un tributo, Júpiter comprendió también que podría bendecir a aquel pueblo.

Rómulo reinaba en Roma desde hacía tiempo, y la ciudad se estaba volviendo cada vez más grande.

Era un rey justo y poderoso, y un gran líder militar. Había sabido organizar su ejército de modo que este fuera extremadamente eficiente. Los soldados romanos procedían del pueblo, no eran mercenarios pagados para participar en la guerra, sino ciudadanos que defendían su ciudad. Esto los hacía más fuertes, justos y fieles. De hecho, comenzaron a ganar todas las guerras.

Rómulo también había redactado una constitución que incluía las leyes más importantes de la ciudad. Y había sabido organizar muy bien el Estado. Estableció el Senado, un grupo de cien personas entre los más nobles y sabios de los romanos. Los senadores debían aconsejar al rey y elegir otro una vez que este hubiera muerto. Eran considerados los padres de todos los romanos, y tenían el deber de atender y proteger los intereses del pueblo entero. Por tanto, los reyes de Roma eran

elegidos por el Senado y no transmitían el trono por descendencia de padre a hijo.

Júpiter veía lo bien que Rómulo estaba organizando el Estado, el ejército y la ciudad. Cómo los romanos sabían construir edificios y templos, acueductos, cúpulas, estadios. Cómo organizaban y trazaban carreteras para unir los territorios que conquistaban. Júpiter veía cómo los romanos acogían a los pueblos que sometían, respetando sus religiones y sus costumbres, y concediéndoles el derecho a convertirse en ciudadanos de Roma. Júpiter veía también cómo la ley y el respeto a la ley eran considerados fundamentales para los romanos.

Júpiter veía, pero también lo sabía bien, cómo precisamente por eso Roma se convertiría en la ciudad más grande del mundo.

Solo le faltaba una cosa a esta ciudad. Y Júpiter estaba esperando que el rey de los romanos se la otorgase.

Un templo dedicado a él.

Por eso, cuando los caeninenses y demás sabinos marcharon sobre Roma por un asunto de esposas y mujeres raptadas, a los romanos no les habría resultado difícil vencerlos. Pero Rómulo, para no derramar sangre, retó a su rey a un duelo a dos. Lo derrotaría él solo. Rogó a Júpiter que lo protegiera y venció al rey de los caeninenses en el primer ataque. Después de matarlo, Rómulo cogió las armas de aquel rey y las cargó en un carro. Luego se subió al carro y dio la vuelta a la ciudad con una corona de laurel en la cabeza, en señal de triunfo. Al llegar a la cima del Capitolio, detuvo el carro y depositó las armas del rey enemigo bajo el roble consagrado a Júpiter.

Se arrodilló y dijo:

—Júpiter, grandísimo y resplandeciente, soy Rómulo, rey de los romanos. Te ofrezco los restos del rey enemigo al que hemos vencido en combate. Que tu fuerza nos proteja siempre, que tu paz y prosperidad sean siempre en la ciudad de Roma. Para honrarte, construiremos en el centro de esta ciudad el mayor de todos los templos a ti consagrados. En este templo los jefes militares romanos te ofrecerán, por cada batalla victoriosa, los restos de sus enemigos. Ten piedad del pueblo de Roma.

Júpiter se dio por satisfecho.

EPÍLOGO

Julio César y las sardinas de Numa

Cuando Julio César entró en el templo de Júpiter, en el Capitolio, sintió inmediatamente la presencia del dios. Por eso se detuvo, justo después del umbral, e inclinó la cabeza en señal de respeto.

Acababa de lograr su último triunfo, el pueblo lo había honrado, lo había llenado de gloria, e incluso le había pedido que se convirtiera en rey. Y él se dirigió a Júpiter para devolverle aquella gloria.

Durante buena parte del trayecto, mientras cruzaba la ciudad, subido al carro, se iba diciendo que no se convertiría en rey. Y que, de todas formas, ni siquiera sabía si podría ser un buen rey, como lo habían sido Rómulo o Numa Pompilio.

Al entrar en el templo de Júpiter, en la cima del Capitolio, Julio César pensó en Numa, el rey que había sabido negociar con Júpiter su bendición. ¿Sería él tan valiente y astuto, inteligente y humilde?

No sabía si aquel relato era cierto, pero era una bonita historia que podía enseñar mucho a los hombres que, como él, hacían de la política su vida.

Numa amaba a una ninfa de nombre Egeria, a la que iba a visitar a menudo a un bosque cerca de Alba, entre el lago Albano y el lago de Nemi. Aquel amor entre Numa y Egeria era algo mágico. Numa encontraba en Egeria la fuerza y la inspiración para decidir las cuestiones más delicadas.

Cuando Numa murió, Egeria, destrozada por la tristeza, fue a refugiarse a un bosque consagrado a Diana, esperando que la diosa la consolara. Pero no había forma de consolar su corazón herido, la pérdida de su amor no tenía consuelo, no parecía que el llanto de Egeria pudiera detenerse. Por eso, Diana, despiadada reina de la caza e inmaculada señora de los bosques, se dejó conmover por el amor de Egeria. Y transformó a la ninfa en una fuente, para que volviera su bosque más hermoso y preciado.

En cualquier caso, llegó el momento de que Numa fuera a ver a Egeria, pues el rey necesitaba un buen consejo.

La cuestión era que, desde hacía un tiempo, en Roma no paraba de llover, el Tíber iba cargado de agua y seguían desatándose terribles temporales con rayos, granizo, aguaceros.

Naturalmente, los romanos empezaron a pensar que Júpiter estaba enfadado con su ciudad por alguna razón. Numa pidió consejo a Egeria.

—Ve al Aventino —le dijo la ninfa—; Pico y Fauno suelen ir a esos bosques. Intenta hablar con ellos. Ellos sabrán aconsejarte.

Numa sabía muy bien quiénes eran Pico y Fauno: los primeros y más antiguos reyes de los latinos. Ahora iban juntos y dominaban todos los bosques de Italia. Dioses de la naturaleza y de los bosques, sabían transformarse, sabían de

hierbas y de magia, conocían el futuro y cómo predecirlo, y les encantaba divertirse engañando y sorprendiendo a los hombres, cual sátiros o duendes fastidiosos. Pico y Fauno eran un poco todo eso.

A Numa se le ocurrió que quizá Pico y Fauno fueran al Aventino para saciar su sed. Por eso mezcló miel y vino con el agua de una fuente. Y esperó.

Fauno y Pico bebieron y, un poco aturdidos, se dejaron capturar.

Numa les preguntó qué hacer para aplacar la ira de Júpiter. Para que terminaran los rayos, los temporales y los aguaceros. Y ellos le dijeron que no podían responder por Júpiter, pero que el rey podría preguntárselo al dios directamente, pues ellos conseguirían que fuera a hablar con él.

Al día siguiente, Numa se dirigió al Aventino bastante asustado. Al llegar allí, sintió inmediatamente la presencia del dios, y entonces inclinó la cabeza mirando al suelo.

Júpiter no hablaba.

Después de un rato de silencio, Numa se armó de valor y preguntó:

—¿Qué puedo hacer para aplacar la rabia de mi dios?

—¡Quiero una cabeza! —respondió Júpiter.

¿Un sacrificio humano?, ¿era eso lo que quería Júpiter? ¿Que el rey de los romanos matara a un ciudadano para aplacar a los dioses?

Numa se quedó de nuevo en silencio, y con la mirada fija en el suelo. Quizá esperara que Júpiter se marchara y que aquella atroz petición quedara en suspenso, sin ser atendida.

Pero Júpiter seguía ahí, Numa notaba perfectamente cómo

el más grande de todos los dioses estaba esperando su respuesta.

—¿Una cabeza de cebolla?

Numa lo dijo casi susurrando, tímidamente, como si le faltara valor para estar ahí negociando con un dios. Que era lo que estaba haciendo…

—La cabeza de un hombre.

La voz de Júpiter, en cambio, era firme y decidida.

En ese momento, Numa probó a replicar: en el fondo, era mejor que la ira de Júpiter se desatara contra él que tener que sacrificar a un ciudadano romano.

—¿Podría ser suficiente con el pelo? —dijo entonces.

Ahora la voz de Júpiter parecía un poco menos firme y un poco menos decidida.

—Tiene que estar viva —contestó.

Numa tenía la sensación de que el dios comenzaba a divertirse. Y también pensó que, en el fondo, le estaba mostrando Roma: cómo era, por ejemplo, cuando se va al mercado a regatear el precio de las cebollas o a discutir si el pescado es fresco o no lo es.

—Sardinas —propuso Numa—, la cabeza de doce sardinas bien frescas, prácticamente vivas.

Y entonces oyó a Júpiter echarse a reír. Más bien, lo que hacía el padre de todos los dioses era carcajearse, mientras se burlaba de él: «¡Prácticamente vivas!», y siguió carcajeándose…

Evidentemente, a Júpiter le había caído bien aquel pequeño y sabio rey de los romanos. Porque le concedió su bendición, y la protección para su ciudad, a cambio de la cabeza de doce sardinas bien frescas, prácticamente vivas.

Julio César pensó que Numa había sido un gran rey. Porque era lo suficientemente humilde y respetuoso como para no mostrarse insolente a los ojos de los dioses. Había sido hábil, como un buen político debe saber serlo, a la hora de negociar su tributo. Y había sido lo suficientemente puro de corazón como para merecer la confianza y el encomio de Júpiter.

¿Y él? ¿Sería Julio César capaz de ser igual de respetuoso y humilde, hábil y puro como lo había sido Numa?

Ahora que la historia de Roma estaba en el culmen de su esplendor. Ahora que se encontraba en la cumbre de su poder, a Julio César le habría gustado volver a aquellos tiempos en los que la grandeza de Roma estaba todavía por llegar. Cuando las ninfas de los bosques derramaban sabiduría. Cuando, en el Aventino, faunos y demonios daban consejos sobre cómo aplacar a los dioses. Cuando la ciudad y el Estado todavía estaban por constituirse, y Rómulo empujaba con el pie el arado mientras Remo le tomaba el pelo. Cuando los gemelos corrían desnudos alrededor del Palatino, dando latigazos con ramitas de mirto en el trasero de las muchachas. Cuando una loba dio de mamar a dos niños que habían acabado en la orilla del Tíber en una cesta. Y el agua del río era un pantano.